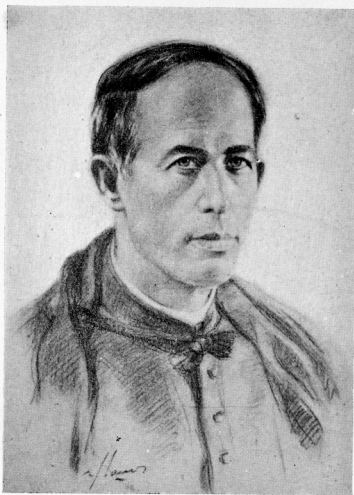


HOMENAJE
A
DON HERACLIO SANCHEZ



LA LAGUNA DE TENERIFE

1947



Don Heraclio Sánchez

1887-1946

Homenaje

a

Don Heracleio Sánchez



La Laguna de Tenerife

1947

Homenaje y ofrenda

En Tejada de Gran Canaria y el 6 de Mayo de 1887 nació don Heraclio Sánchez Rodríguez. En el Seminario de Las Palmas estudió la carrera sacerdotal. En su isla fué ordenado de presbítero y en ella dijo su primera y también su última misa. Fué luego profesor en el mismo Seminario en que estudió y por oposición obtuvo la plaza de Beneficiado organista en la catedral de Las Palmas, la música fué para él expresión de la Divinidad—como para Luis de León—y, consumado organista a la par que guitarrista excelente, armonizaba este don de su fina sensibilidad con aquellos otros dones de su esclarecida inteligencia.

Pero don Heraclio—al contrario que nuestro Viera y Clavijo—dejó su isla natal, desde los tiempos juveniles, para vivir en Tenerife y concretamente en esta universitaria y litúrgica ciudad de La Laguna. Aquí, en esta S. I. Catedral, alcanzó tras brillantes oposiciones la canongía de Magistral. Aquí, en nuestra Universidad, estudió la carrera de Leyes. Catedral y Universidad, Religión y Saber, que dan su característico sello a La Laguna, tuvieron en don Heraclio un preclaro representante. Tras el Doctorado en Madrid, varias son las cátedras que desempeñó el Magistral en esta Facultad de Leyes. Sus brillantes cursos universitarios y la fina elegancia de sus inolvidables sermones fueron laborando una de las personalidades más firmes y prestigiosas que ha tenido Canarias y, en un acto de servicio docente, lo sorprendió la muerte un día en su isla de Gran Canaria, hace justamente un año—el 30 de junio de 1946—, como si los destinos de la Providencia hubieran querido que sus restos quedaran en la tierra que lo vio nacer.

Gran fruto de aquella inteligencia y de aquel gran saber teológico fué el gui3n de un trabajo que por los mismos días de su muerte defendió en el congreso de Pax Romana celebrado en Salamanca y El Escorial, Manuel González de Aledo. Don Heraclio abordaba el gran problema social que angustia a nuestro mundo con una gran valentía y profunda caridad cristiana, aquella inmensa caridad paulina que rigió su conducta. Las conclusiones que la Delegación Canaria llevó, por inspiración y doctrina suya, al Congreso Internacional de Pax Romana fueron aprobadas por el Pleno de éste y, aceptadas en su integridad por los representantes de treinta y cuatro países, se publicaron en el volumen que recoge el XIX Congreso Mundial de Pax Romana. España Junio-Julio 1946.

Tales conclusiones que, con las demás acordadas en el mismo Congreso, fueron aprobadas por S. S. el Papa Pío XII, son las siguientes:

a) Todo hombre tiene derecho a poseer y disponer por sí y para sí de los medios necesarios para conseguir dignamente su ineludible y esencial finalidad.

b) Nadie puede ser legítimamente privado, a no ser por su culpa o causas ajenas a la humana voluntad, de los medios económicos suficientes para conseguir dicha esencial finalidad.

c) Todo hombre tiene derecho, además a adquirir y disponer de bienes que, sin ser necesarios, sean útiles, sin detrimento del bien común, para más fácilmente conseguir sus fines.

d) Nadie tiene derecho a poseer ilimitadamente bienes superfluos, ni a usar de los mismos según su personal arbitrio, mientras haya quienes carezcan de lo necesario, sin culpa propia o por causas ajenas a la humana voluntad.

e) Es función de la sociedad regular, incluso con la intervención de la autoridad, la vida económica de modo que desaparezca la injusta desigualdad entre la acumulación de riquezas en manos de unos pocos y la carencia absoluta de las mismas

en la mayor parte de los hombres, privados así de lo necesario para la vida.

f) La propiedad privada que sea superflua en manos de los actuales poseedores podrá ser expropiada, con la adecuada indemnización, cuando ésta procediere y fuere posible, en favor de los que carezcan, sin culpa propia, de lo necesario para la vida.

El inolvidable Magistral fundamentó estas conclusiones, no ya en el aspecto sociológico sino que centró el planteamiento de la cuestión en hondas esencias teológicas.

Si éste es el homenaje, sus amigos queremos ofrendar a su recuerdo una afirmación: la ausencia del maestro entrañablemente querido ha dejado en nosotros un hueco totalmente imposible de llenar. Era su personalidad tan viva y atrayente que la pervivencia de ella sólo alcanza hasta que nuestro corazón deje de latir, la mayor atracción de don Heraclio era su persona misma, acaso su verdadera obra. El profundo valor de la palabra, la claridad y sabiduría del concepto, la elegancia del gesto, el valor inexpresable de un ser que únicamente han podido captar los que sus amigos fuimos y todos los que tuvieron la fortuna de tratarlo. Consecuencia de esta viva impresión que don Heraclio dejó en todos nosotros es la publicación de este folleto en el que hemos recogido, a modo de las antiguas coronas poéticas del siglo pasado, diversas vibraciones humanas. Hemos verificado un sagrado culto de amistad e intentamos proyectar en un futuro lo más imperecedero posible, con esta publicación, una ofrenda que es una corona espiritual tejida con las flores de nuestro recuerdo y que, en tanto vivamos, no han de marchifarse jamás.

Ofrenda de admiración

En rarísimas ocasiones ha temblado mi pluma con tanta emoción como en estos instantes en que escribo las líneas que se nos han pedido para que sirvan de pórtico al homenaje que a la memoria de nuestro insigne Magistral sus amigos le ofrendan. Y es así, porque su recuerdo nos asalta siempre con la misma intensidad espiritual y con la misma amargura ante lo irremediable. ¡Se nos fué definitivamente, aunque para el cristiano este volver a Dios no es ausencia última sino lapso de tiempo que cristalizará en eternidad en el Cielo! Y al comprender que no veremos en la tierra al amigo bueno, a la inteligencia prócer, a la voluntad tenaz y firme, al corazón aristócrata, de los buenos sentimientos, al consejero fiel, al excelente sacerdote, al alma henchida de espirituales ilusiones y al genio siempre fecundo, no seríamos humanos si no temblásemos de altísima emoción. ¡Qué difícil será llenar el vacío tan hondo que su ausencia ha dejado!

Vayan, pues, en estas líneas nacidas de las intimidades del espíritu nuestra ofrenda más cálida, la admiración al genio, la oración al sacerdote, el recuerdo al amigo bueno, el homenaje al consejero desinteresado y el temblor de la emoción a la aristocracia de su idea.

Seguid abriendo páginas y veréis lo que fué aquel gran sacerdote D. Heraclio Sánchez Rodríguez en todas las diversas facetas de su vida. Encontraréis en ellas más firmeza de conceptos, más elegancia en el escribir, pero nunca más emoción ni más cariño que en éstas. Cuando el corazón tiembla, ¡qué difícil es manejar la inteligencia y la pluma!

Domingo Pérez Cáceres.

Vicario Capitular Obispo electo de Tenerife.

En lecturas frecuentes al poeta lagunero Antonio de Viana ya saben mis amigos que he aprendido a definir las dos castas que los canarios tenemos: los que advienen del verbo *canêre* y los que, incapaces del sonoro trinar, heredan su existencia del sustantivo *canis*. En angustiadas horas de soledad el canto fino y armonioso del canario es motivo emocional que llena el alma de acentos inefables y de exacta compañía.

Tan escasos son ya tales canarios que su existencia la sentimos como merced y damos gracias a Dios por el solo hecho de haberla permitido. Ellos nos hacen olvidar, con la maravilla de su existencia, la espesa vida torva y bulliciosa de la inmensa jauría del canario que ladra.

Don Heraclio Sánchez representó en nuestra ciudad de La Laguna esa rara y exquisita casta de canarios que cantan; le iba en el cantar, junto a la plenitud de su inteligencia y a aquella inconfundible elegancia de su gesto, el valor de su gran corazón. En lejanos días madrileños sus inquietudes y las mías se aunaron junto a un delicado ser que zozobraba bordeando el filo de una terrible enfermedad. Uno y otro día aprendí de su gesto la gran lección de su caridad y admiré un alma exquisita encubierta en matices muy difíciles de entrever por la casta del *canis*. Y era justamente en su honda dimensión personal donde radicaba el encanto y valor de su ser. Un ser que él proyectaba en la cátedra universitaria dándole un superlativo rango sin haber pasado su persona por el escalafón de catedráticos o que volcaba íntegro en los altos menesteres de su sacerdocio y en aquellos brillantes e inolvidables

sermones, verdaderamente magistrales, como de quien lo fué en nuestra Catedral.

En la insensibilidad burda de nuestra hora algunos podrán pensar que todo puede sustituirse y reemplazarse; los cargos y las funciones podrá ser, pero la persona que de verdad lo es jamás. Su valor y el drama que plantean es que dejan un hueco inexorablemente vacío. Una baja en nuestros canarios cantores deja el bosque en penumbras y melancolías y en los oídos que sólo vibran semejantes arpegios por ellos prodigados parece como si, de pronto, al dejar de cantar un canario de la estirpe de don Heraclio, se levantara a lo lejos el rumor asfixiante y destemplado de la jauría.

La Laguna, 7 de mayo de 1947.

María Rosa Alonso.

Los hombres pasan. Como las sombras, dice el Eclesiastés. Y esto mismo es lo que, a diario, nos advierte la vieja ciudad, que tantos hombres ha visto pasar y perderse en las aciagas lontananzas del olvido. Mas no siempre los hombres pasan del todo. Algo queda vibrando en el tiempo. Una palabra dicha al azar, un simple gesto, una anécdota, hacen el milagro de la perdurabilidad. En ocasiones, incluso, no hay necesidad de nada expreso. Sin que se sepa por qué, en el primer plano de los recuerdos de una generación surge la figura de un hombre hace mucho tiempo desaparecido corporalmente. Y es inútil que todo conspire en su contra: allí está, erguida e intacta, la figura como un islote en medio de la borrasca. Como una isla rodeada de silencio por todas partes. Algo más patético todavía: como un faro que desde su alto cantil esparce su luz en las sombras.

Por estas calles de La Laguna que ahora recorreremos nosotros, no hace mucho tiempo cruzaba, a esta o aquella hora, la figura espinada de un clérigo. Era don Heraclio. Don Heraclio a la misa de la Catedral. Don Heraclio a coro. Don Heraclio a la Universidad. Don Heraclio que, rodeado de un grupo de amigos, deambulaba, calle tras calle, por la ciudad. Y es su sombra la que nos toca evocar hoy, arrancándola del silencio anónimo de estas mismas calles, que así son cauces de historia. Por lo menos de esa pequeña historia cotidiana que tiene, a nuestros labios, más sabor que la historia grande.

Todo el mundo sabía de quién se trataba. Para unos era don Heraclio el teólogo. Para otros era don Heraclio el músico. Para éstos era don Heraclio el orador. Para aquéllos era don Heraclio el jurisconsulto. Para los más era sólo esto: don Heraclio el Magistral. Y este nombre estaba rodeado de prestigio y ceñido de afecto y de admiración.

La figura alta y delgada, con la color pálida, de don Heraclio era familiar en La Laguna. Era algo de la misma ciu-

dad, algo entrañablemente unido a la vida de la ciudad. La ciudad misma a través de un exponente representativo. Y un día la ciudad tuvo que llorar la muerte de este hombre que, sin haber nacido en ella, por el signo de dedicación de su vida, era un lagunero. No fué la tierra de Agüere la que cubrió sus despojos; pero sí fueron lágrimas de Agüere las que más copiosamente cayeron sobre la noticia de su muerte. Al fin, si bien uno experimenta, en cierto modo la necesidad de que sea tierra de su tierra la que cubra sus huesos, el verdadero sepulcro de los muertos es el corazón de los vivos. El que vive en el recuerdo de los demás, no está, en rigor, muerto del todo. Y es por esta supervivencia de la evocación por lo que nos parece aún ver a don Heraclio cruzar por una de estas calles y, mejor que en ninguna otra ocasión, bajo uno de esos días grises de invierno tan típicamente propios de la vieja ciudad.

Los hombres pasan. Los pueblos quedan. Y los que en los pueblos viven tienen el deber de recordar a los que se fueron irremediamente. El tiempo no pasa en vano. No transcurre la vida sin dejar una huella y una enseñanza. De aquí que no nos sea permisible renunciar a figuras y cosas que pasaron por nuestra vida, sin que ello signifique renunciar a toda nuestra vida. Llega incluso un momento en que sabemos que vivimos porque recordamos, y las cosas próximas y lejanas se mezclan y funden en la misma perspectiva como los colores y las líneas de un cuadro.

El recuerdo de don Heraclio es algo tan consustancial con La Laguna, que no pasará como río a perderse en el mar del acabamiento infinito. Más bien es como un lento, sosegado fluir, cuyo límite se ignora. ¿Quién puede saberlo? Mientras la fuente no se seque, ese hilillo de agua seguirá manando. Mientras la vieja ciudad de las leyendas y las tradiciones, del silencio y las frías rachas invernales, no pierda su sentido propicio a la poesía melancólica de la evocación, aquellas figuras de ayer se convertirán en símbolos de su existencia. Y un símbolo, ya se sabe, es la sublimación de la realidad, que continúa viviendo en aquél, de esta manera transformada, a despecho del tiempo que tiende naturalmente a la destrucción.

Luis Alvarez Cruz.

Dominaba en don Heraclio—el ilustre Magistral de La Laguna, era por antonomasia, Don Heraclio—la gracia persuasiva del ejemplo. Comprendía—ello le proporcionaba su mejor arma dialéctica—la perfecta adecuación que debe existir entre palabras y hechos. La elocuencia más depurada se convierte en mera fraseología si no está presidida por la suasoria pertinacia de una conducta armónica.

Destacar un aspecto de la complejidad fecunda del Maestro no es tarea fácil porque en él se daban, en grado sumo, los talentos más varios y la mayor coordinación de virtudes; pero, de todos modos, me atreveré a desunir lo indisoluble con ánimo de realzar, es decir, de poner más a la vista una cualidad sobremanera querida por mí pero que en la escala social de valores se la contempla, a veces, desde el ángulo excesivamente agudo de la intransigencia o desde el extremo obtuso de la incomprensión. Me refiero a la denostada y bella tolerancia que intransigentes e incomprensivos se esfuerzan en hacer caer al bajo nivel moral de vicio inconfesable.

Don Heraclio sabía ser tolerante, que no quiere decir tibio; ardiente sin dejar de ser manso. No sólo conocía la letra tan a menudo repetida, si no también el espíritu del Evangelio, tan frecuentemente postergado.

Todos los hombres eran su prójimo. No éstos o aquellos. Todos. Mas aún los que, a su juicio, se hallaban en el error. El equivocado no era para Don Heraclio un monstruo que, vencido, debiera ser encadenado, sino un hermano que, convencido, debiera ser amado, o perseverante en el error, deberá ser aún más amado por más desgraciado.

Sabía, pues, ayudar sin humillar; dar sin pedir; sembrar con esperanza de recoger—claro está—pero sin la avaricia de esquilmar.

Su talento, su hombría, su elocuencia, todo descendía para mí al obscuro plano de lo secundario al verlo oír y comprender. ¡Cuándo—por el singular respeto que se le profesaba—era tan simple abrumar con su autoridad o definir sin oposición! No; prefería escuchar. No para asentir cómodamente o para negar con obstinación, sino para razonar esgrimiendo sus argumentos, ora con la ágil sutileza del florete, ora con la gravidez aplastante del mandoble.

El recuerdo de Don Heraclio determina en mí una perfumada sensación de humanidad y optimismo. Su aroma, depositada en lo más íntimo del corazón, es una sagrada prenda de esperanza y consuelo.

¡Ojalá aquel aliento suyo prevalezca y nos asista, librando a unos de confusión, a otros de incertidumbre y a todos de intolerancia.

Jacinto Alzola.

Procurate ahora amigos para que cuando fallecieres te reciban en las eternas moradas.

(S. Lucas, cap. XVI, v. 9).

Tuvo Don Heraclio Sánchez, entre sus muchas y variadas cualidades enaltecedoras, la de saber captarse amigos, con la más difícil de saber seleccionarlos. Por ambas, los que lo fueron llegaron en sus afectos hasta el máximo límite humano.

Vida empleada en diversas actividades, las más de ellas de exigente responsabilidad, necesitó más que por deleite, para descanso sereno y tranquilo de su ser agobiado, de las esencias y manifestaciones de la verdadera amistad. Si hubiera sido hurañ, intransigente, vanidoso y escaso de talento, el hermetismo, un fosco aislamiento, la presunción ególatra le habrían impulsado a prescindir de los amigos, sobrellevando en la soledad su disimulada soberbia.

Para que ellos le recibiesen en las eternas moradas? Sin duda que, como Sacerdote por vocación, hubo de tener siempre presente el consejo del insigne Evangelista. Más la recepción después de su tránsito no podía ser humana, sino espiritual.

Así le acompañan en muerte los que bien le quisieron con su permanente recuerdo, tan cordial e íntimo como fuera en vida su compañía: y en los corazones, que no en los labios únicamente, brota de continuo la plegaria cariñosa y caritativa. Dale, Señor, el descanso eterno y has que una luz del cielo le alumbre.

Eduardo Benítez Inglott.

Las Palmas de Gran Canaria, Mayo de 1947.

La hermandad entre todos los hombres tomó sangre y espíritu en las raíces de su existencia. Un padre común y una herencia común, con idénticos derechos y deberes para los nacidos de mujer. Una sociedad en crisis y una voz enardecida que recordaba a los creyentes olvidadizos el Precepto.

Con sentido y sentimiento evangélico el Magistral combatió las injusticias sociales, clamando, una y otra vez, contra los codiciosos de bienes terrenales que se golpean el pecho y anudan la bolsa. Todo su ser se consumía en el afán cotidiano de implorar, desde los púlpitos catedralicios y parroquiales, caridad y misericordia para los bienaventurados que tienen hambre y sed...

Su palabra era una antena que recogía las palpitaciones del mundo y anunciaba la tormenta.

Verdadero tribuno del pueblo, defendía la dignidad humana de los desamparados, pidiendo justicia para los que, con el sudor de la frente, ganan su pan. Reinvidicaba, de este modo, el trabajo y solicitaba participación en los beneficios de los poderosos, para aminorar las necesidades de los humildes.

Esto sonaba, entonces, a herejía bajo las bóvedas del templo y los fariseos de hoy y los sórdidos de siempre se tapaban los oídos, escandalizados.

Las demandas del Magistral se han convertido ya en leyes, en imperativos garantizadores del orden y de la paz. El se adelantó y, como todo el que avanza en nuestro país, fué incomprendido de los suyos y de aquellos otros que no ceden nada por las buenas y lo dan todo por las malas.

Removía las conciencias y las inquietaba con llamadas proféticas. Su voz se perdía en el vacío de las almas estériles, pero un grano de mostaza puede mover con fe las montañas. Algunas montañas temblaron... Era un místico y como tal un vidente exaltado.

Su juventud se quemó en la lucha más santa que puede emprender un sacerdote: la lucha por la redención de las almas en tinieblas y los cuerpos en miseria. Sus predicaciones tendían a redimir de los dolores y de la pobreza a una humanidad ciega que tantea de espaldas a la gran Verdad.

Esta contienda apostólica, en un ambiente de mollicie y egoísmos, quebrantó su salud. La carga era pesada para sus débiles hombros y sus energías físicas se agotaron. La llama interior, en cambio, era cada día más viva, pero las fuerzas corporales se apagaban. Su alma se afirmaba sobre sillares eternos, el cuerpo, enfermizo y vacilante, buscaba apoyo en el báculo de vieja madera isleña—mocán o barbuzano de los bosques de Tenerife—.

El batallador de Dios, en plenitud espiritual, comenzó, entonces, su vida de recogimiento universitario. Su inactividad pública era, sin embargo, fecunda. Con resignada mansedumbre y tolerancia enjuiciaba los acontecimientos y contemplaba a los hombres. Se calmaron sus vehemencias, se apaciguaron sus pasiones. El discurso que arrebatava a las multitudes se convirtió en oración persuasiva, la polémica en diálogo socrático y su pensamiento en un discurrir de aguas claras, río adelante, entre amigos dilectos y discípulos bienamados.

En la madurez el rayo se hizo aurora y le alumbró, en su último viaje, los caminos de la eternidad.

Domingo Cabrera Cruz.

Fué en el Escorial y cerca del patio de los Reyes donde recibimos la noticia de su muerte. Allí, junto a aquellas piedras, claras, teologales, piedras líricas de la juventud española, un día de Junio y cuando el Sol era más fuerte, en pleno mediodía, nos llegó, vuelvo a repetir, la noticia de la pérdida irreparable.

Jamás he sentido una depresión mayor. Me parecía que los muros preñados de historia y de grandeza en aquel Monasterio de S. Lorenzo, se me venían encima como un Apocalipsis donde caían también los reyes que adornan el patio de su nombre.

Pocos minutos antes, un profesor de nuestra Universidad, el discípulo predilecto, había expuesto magistralmente la ponencia que el universitario muerto, su maestro, había escrito. Estábamos, lo recuerdo con dolor, muy alegres ya que en la totalidad los puntos tratados fueron aprobados unánimemente en la Asamblea general del XIX Congreso Internacional de «Pax Romana».

Nuestros ánimos se resquebrajaron, pero al mismo tiempo vimos con satisfacción el que Don Heraclio recibiese internacionalmente el primer póstumo homenaje, acorde así, con su saber universal. Dos días después, sacerdotes de nacionalidades ofrendaron misas por él.

La vida es un interrogante, mejor, un encadenamiento de interrogantes. ¿Qué pasará? ¿Qué haré? ¿Cómo ha de ser? ¿Cuándo?... hasta llegar a la pregunta ¿Moriremos?, que con lenguaje duro, seco, como si al oírlo estuviésemos mirando

un sarmiento, nos contestará, SI, hemos de morir, para que en nuestra propia muerte dé comienzo la existencia eterna.

De esta forma fuimos sorprendidos en plena llanura castellana, sin querer creerlo casi, sin darnos cuenta exactamente de lo que había pasado. A La Laguna volvimos y entonces en la placidez de la Ciudad notamos la ausencia que por sus calles se percibía, de un personaje de andar cansino, sereno, envuelto en una capa negra y portador de unos ojos verdes que miraban, como si en ellos estuviese el infinito, al infinito mismo.

El desaliento hizo presa en nosotros y para expulsar el tedio, nos encaminamos hacia la Universidad. También del viejo caserón se había marchado para siempre el suave crujir de los peldaños. De nuestras bocas ya no volvió a salir al levantarnos de los bancos el saludo que diariamente hacíamos ¡Buenos días D. Heraclio! Con el alma transida de dolor nos dirigimos hacia S. Diego. En lo bucólico de sus alrededores, paisaje consecuente al alma clásica que poseía, echamos una ojeada, y también allí faltaba el más querido de nuestros maestros.

He titulado este artículo como un recuerdo emocionado, expresión de los estudiantes universitarios. En este homenaje necrológico no debe estar ausente la colaboración de sus discípulos, puesto que D. Heraclio era considerado por ellos como un viejo Sócrates. No lo conocimos mucho, ni de todo, en lo polifacético de su personalidad profunda. El saber—llegamos muy tarde—quedó en un grupo selecto y reducido, en una «élite» que resucitará sus conocimientos, vitalizará las teorías, el concepto de la vida, de la filosofía, la teología, y el derecho.

Ervigio Díaz Bertrana.

(Alumno del 4.º Curso de la Facultad de Derecho)

La pérdida de una personalidad bien definida y vigorosa nos hace sentir de pronto una angustiosa sensación de soledad. Después, de silencio. Poco a poco la soledad va poblándose de sombras y el silencio de ecos; el vacío comienza a llenarse, también lentamente, y sin saber cómo, nos encontramos otra vez departiendo con aquel que nos dejó, traído cerca de nosotros por la sola fuerza de los entrañables recuerdos.

Personalidad y persona tenía aquel hidalgo canario: hidalgo y clérigo por añadidura. Enjuto como un Quijote isleño, venteando siempre aventuras de sensibilidad y sabiduría. Uno nada más, él solo, sin Sancho para los contrastes y las fáciles semblanzas. Haciendo carne y acción lo que hidalgos y clérigos hicieran otrora; pero él, aquí, entre rocas y orillas, cerca de todos nosotros, afirmando de rotunda manera—paradigma vivo—aquella vieja raíz hispana que en las Islas halló tan feliz asiento.

Acerca de su personalidad y persona sabíamos todas las cosas que todos saben; le conocíamos como todos lo conocieron: erguido y casi ingravido por las viejas calles de La Laguna. Una vez nada más estuvo cerca de nosotros, y entonces supimos algo que hasta aquel momento habíamos ignorado: que era sencillo como los niños.

El vacío de hoy se llena con los recuerdos de aquel acercamiento que fué el único y el último. Sería largo contarlo ahora y nada añadiría la anécdota. Cuando se intente la biografía de este espíritu noble, aportaremos un pequeño capítulo: *Un hidalgo a la orilla del mar.*

Allá en el Sur, el hidalgo—y clérigo—bajaba de vez en cuando a la orilla. Hallaba solaz junto al mar, como su remoto antepasado castellano se iba a través de encinares a gozar la aventura de la caza. Como éste por sus tierras y surcos, aquél por sus aguas y olas. A los ganados numerosos de uno, los innumerables delfines de otro; unos delfines llenos de oceánico prestigio. A la carreta con las mieses maduras, el pailebot de gracioso velamen. Al polvo de la tierra, la irisada espuma.

Y todo ello sin que entre uno y otro hidalgo existiese otra diversidad que la del paisaje en torno.

Nos es fácil imaginar al castellano, caballero en su calzagadura, levantado el rostro, abarcando con fruición toda una lejanía solemne de nubes. El hidalgo canario tenía que tripular su nave, pequeña o como fuese, pero nave al fin; y cuando lo hacía—fuimos testigos de ello—solamente se encontraba bien junto al timón. La caña del timón era larga y dibujaba una sombra de cruz sobre la estela: es que también era clérigo el timonel. Entonces, las costas de la isla le desfilaban por sus ojos. Y tenía para la anchura del mar la misma mirada ansiosa que tenía para sus tierras el otro hidalgo: seguros ambos de que señoreaban sobre ámbitos propios.

Nos quedó por saber lo que pensó el hidalgo nuestro—el de las islas y el del mar—cuando los delfines hacían escolta a la pequeña nave por él pilotada.

Quijote sin Sancho que le hiciera ver lo que en realidad era, aquellos delfines estarán en su sueño eterno como símbolos que sólo saben desentrañar los hidalgos insulares.

Hemos recordado como mejor hemos podido a Don Heraclio Sánchez.

Luis Diego Cuscoy.

Apenas acabada su vida tórnanse ya vanas e inválidas tantas y tantas cosas en las que él y yo participamos a través de veinte años de amistad dilectísima. Y mientras los múltiples recuerdos ingrátidos se desvanecen, van posándose en el fondo de nuestra intimidad, como un sedimento purificado, las perdurables ejemplaridades de su vida. Hoy al rememorarle melancólicamente, nos lo representamos tan sólo en el paradigma de su sacerdocio, de su magisterio y de su amistad.

Él, en efecto, sometió su razón a la Verdad y de tal sumisión se alzó siempre, ante nuestros ojos, firme en la sublimada fortaleza de su fe viva, sereno en sus últimas certidumbres, justo en sus juicios, pulido y templado en sus hábitos, bueno en la integridad de su conducta.

Y consagró su vida al magisterio. Solitamente oímos su palabra vívida y enfebrecida, temblorosa de hervor religioso, su verbo culto y ágil de predicador afamado. No le escuchamos nunca dictar su diaria lección de Teología, pero, durante dos decenios y hasta su última jornada, compartimos con él las tareas docentes de nuestra Universidad de La Laguna, en la que profesó su enseñanza, remiso en la conquista de títulos, pleno de prestigio magistral bien ganado, amable, generoso y leal en la tranquila y grata camaradería—que su muerte parece quebrar—del profesorado de esta Ciudad deleitosa y austera, en la que todavía creemos encontrarle.

Y por su abundancia de corazón fué, además, el Don Heraclio jovial y alegre de nuestras tertulias y de nuestros íntimos almuerzos claustrales, finamente comprensivo ante nuestras superfluas ironías y confusas incertidumbres, humanamente tole-

bante con nuestras rebeldías y desvíos. Y el gran amigo, gustoso de bendecir nuestras bodas, gozoso al bautizar nuestros hijos, próximo y atento siempre—él, solitario en la fría desnudez de su cuarto de hotel—al rescoldo vivo de nuestro hogar.

Sacerdote, maestro y amigo, Heraclio Sánchez nos adoctrina ejemplarmente, desde el claro mundo de su cielo y nos incita a salvar con los óptimos símbolos—Santidad, Sabiduría, Amistad—la angustiada perplejidad de esta hora tenebrosa e incierta.

Gonzalo Cáceres Crosa.

Los que perdimos al padre, al hermano, al amigo, y continuamos viviendo con ellos ¿qué podemos decir?

Don Heraclio fué padre, hermano, amigo... Sus consejos, sus confidencias, sus palabras de Maestro, vibran en nosotros. De su corazón, todos supimos...

A los que constantemente le oímos, y quizá a ratos lloremos, a los que en oraciones le colocamos junto a los nuestros, ante su desaparición, ante el dolor de su ausencia, en las nostalgias de aquellas veladas en que tanto quiso enseñarnos, sólo una idea nos llega a la mente: "PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN LOS CIELOS..."

Pedro J. de las Casas Pérez.

de aquel momento hice propósito firme de estudiar." Y Heraclio cumplió su palabra estudiando de veras, ocupando pronto el primer puesto en la clase que nadie en adelante se atrevió a disputarle. En el segundo año hizo el examen en Latín y el Sr. Obispo, que presidía el Tribunal, le premió con una *beca*, cosa que no era fácil de conseguir en aquella época.

Me piden unas cuartillas con motivo del 1.^{er} aniversario del viaje de Heraclio para la eternidad y yo aunque resulte el menos autorizado, no puedo negarme a este requerimiento de buenos amigos.

Yo no lo voy a considerar como un carácter, que si mi intento fuera ese, yo diría que Heraclio fué no sólo un carácter, sino un carácter entero, el *ideal* del carácter, porque fué un temperamento trabajado, rectificado y dirigido por la fuerza racional. Fué un hombre de rectitud de conciencia que le hizo honorable, de nobleza exterior que le hizo digno, de bondad del corazón que le hizo atractivo, y de fuerza de voluntad que le hizo enérgico y firme en las convicciones propias.

Heraclio fué, más que todo, un carácter, un *gran carácter*, que significa principalmente la fuerza de la voluntad, la energía moral de un hombre que deja, por los puntos donde pasa, signos imborrables de sus huellas, que cuando habla, sus palabras pesan, porque son la expresión de un pensamiento definido y de una resolución vigorosa, precisa y bien determinada; que después de una decisión razonable no piensa en otra cosa que en actuarla siempre, distinguiéndose por una tenacidad en los proyectos y por una perseverancia singular en el trabajo. Digámoslo claramente. El temperamento del Sacerdote Heraclio Sánchez era un compuesto de nervioso y vehemente con participación de las mejores cualidades morales de los demás temperamentos...

Yo intento estudiarlo como orador sagrado. La figura de Heraclio Sánchez, como hombre de estudio, excelente teólogo y orador de grandes vuelos es de las más sobresalientes. Honró a la Iglesia y enalteció la Cátedra del Espíritu Santo, atrayendo y fascinando almas para el amor de N. S. Jesucristo. Todavía parece resonar su voz en los templos, especialmente, de Tenerife, de cuya Catedral en La Laguna fué Canónigo Magistral desde Abril de 1917. La elocuencia sagrada hablaba por el corazón y por la inteligencia de uno de sus más dignos representantes. Exponía el dogma de un modo magnífico. Las

Epístolas de S. Pablo salían de sus labios con unción fervorosa y teológica sabiduría. Y su alma de apóstol con la misma actividad de su celo, se dilataba en los angostos afanes de la gran idea del fundamento cristiano que exige y proclama la justicia social.

Era la luz que desde el púlpito y, a veces, desde la Cátedra convergía clarísimamente hasta el fondo de los corazones de sus oyentes. Al pensar yo que el alma humana es en sus concepciones muy superior a cuanto está sujeto a la materia, todo resulta pequeño ante la grandeza del fundamento del Cristianismo que tan magistralmente era expuesto por Heraclio Sánchez. Cuando en elocuentes imprecaciones se dirigía contra ese Cristianismo que las más veces, inconscientemente se bastardea, hacía recordar aquella otra figura del púlpito, R. S. Vaughan, cuando desde la Cátedra de San Pablo de Londres y antes de la Gran Guerra del 14 combatía la mente de la Sociedad londinense de aquella época y el pánico que causaba en el auditorio traía a la memoria aquel otro de la sociedad francesa de fines de Julio 1789.

¡Caridad, exclamaba desde el púlpito, Don Heraclio Sánchez! Sin esa virtud, decía, no hay cristianismo. Es su fundamento, como la verdad lo es del bien. "*La caridad se pisotea cuando se ultraja sin piedad la honra del prójimo*". Su palabra difícilmente puede ser superada, su claridad de expresión ni la elevación de concepto. La dialéctica de sus sermones no fué menos filosófica y de raciocinio menos lógico que la de los sermones de Baudelaire. Ni su palabra de menos emoción que la de Fenelón. Ni vibra menos sensibilidad que las oraciones de Massillón. Y, como decía D'Alembert, al hacer el elogio de éste, Heraclio sentía el placer del amor de sus semejantes y la necesidad de extenderlo a todos sus hermanos. Y sucede, como decía Pascal, "que el corazón tiene sus razones que la razón ignora a veces."

Es indiscutible que Heraclio Sánchez Rodríguez, Canónigo Magistral de la S. I. C. de Tenerife fué un insigne orador.

Sirvan estas líneas de homenaje modesto, pero sentido y emocionado de afecto, estima y admiración al discípulo distinguido y predilecto y al afable e inolvidable amigo.

J. Espino Juárez.

Chantre de Canarias.

Las Palmas, Junio 1947.

El amplio tazón marmóreo de la fuente recibe, con avidez de sediento, el sartal de perlas que, con rítmica armonía, desciende, desde la altura del surtidor, hasta su profundo seno. Lentamente se suaviza y endulza el seco chasquido de las gotas que, al golpear el mármol del recipiente, se deshacen, como un cristal hecho añicos, en múltiples y luminosas gotitas. El surtidor mismo se ha ido preparando un blando lecho en el cual las gotas desaparecen, regalando al oído con la sonoridad agradable de un canto de plata. Las espumas van tejiendo una orla de encaje en los bordes de la amplia concha saturada. La plenitud se presiente... se ve llegar... de forma desbordante se manifiesta la abundancia y a chorros cae el caudal rebosante en otro tazón concéntrico, de amplitud superior, sediento y ansioso, que recibe, a raudales, el delicioso contenido que, gota a gota, fué embalsando la concha superior.

El alma humana es capacidad que se llena y perfecciona mediante el estudio y la oración; es recipiente que se amplía por el amor y se desdobra y se entrega a impulsos del fervoroso cumplimiento del deber y del celo apostólico, que constituyen la esplendorosa manifestación de la exhuberante lozanía de la vida del espíritu. El amor no regatea, ni siquiera da; se entrega por entero... a raudales... con alma y vida.

Diríase que intentamos trazar la silueta espiritual del padre y del maestro que veneramos en la gigantesca figura de D. Heraclio Sánchez, cuya personalidad palpita bajo el ropaje de las metáforas y en la luz de las afirmaciones.

Su vida, en todas las etapas, fué jornada de estudio y oración, intensidad espiritual, gigantesco esfuerzo de un alma que quiere perfeccionarse, capacitándose para ser después el

Maestro de la juventud estudiosa en cuyas entrañas clava la espuela de una inquietud, el hambre de la verdad y la sed de la perfección; disponiéndose, simultáneamente, para ser un nuevo eslabón de la áurea cadena, con la cual, Cristo, Sacerdote Eterno, quiere rodear al mundo, no para esclavizarlo, sino para aplicarle el mérito de su Redención, mediante la actividad de sus representantes, los sacerdotes. Su alma sacerdotal, llena, con la plenitud del amor, le impulsa a derrochar las energías de su juventud en el ministerio de la palabra. La Cátedra del Espíritu Santo será la altura serena y luminosa, desde la cual brille, con luz espléndida de triunfo rutilante y de entrega sin reservas. Siguiendo las huellas del divino Nazareno, su predicación resuena en el corazón de las ciudades y en la aldea dormida en la falda de la montaña, cuya silueta se pierde en la azulada lejanía; su voz retumba en la altura de la colina y en la orilla del mar; sus apóstrofes escalofriantes estremecen a las muchedumbres, que se agolpan a la vera del camino y la insinuante persuasión de su consejo esclarece las dudas del alma, que llega a la soledad de su aposento, buscando la paz del espíritu. Su prodigioso dinamismo recuerda la inverosímil actividad de S. Pablo. Su predicación es un eco de la autorizada predicación del Apostol de las Gentes y en su genio nervioso y chispeante hay un reflejo de la recia y cimera personalidad del Santo, escogido por Dios, para manifestar la prodigiosa eficacia de la Gracia que eleva, transforma y diviniza.

El *Pensamiento Central*, piedra clave del arco magnífico de su oratoria sagrada fué: La significación espiritual del homenaje religioso; la necesidad de que la Fe sea norma de vida; la inutilidad del culto externo y de las prácticas piadosas para la glorificación de Dios y perfeccionamiento propio, sin el ejercicio del culto interno, que incluye la lucha para obtener el control de las pasiones y la victoria sobre nosotros mismos, único procedimiento para impulsar a los individuos y a los pueblos por caminos de justicia y de amor a la altura serena de un auténtico progreso.

En un ambiente social cargado de hipocresía y egoísmo; de ambición y rapacidad; fulgura, como el rayo, sobre el fondo oscuro de la tormenta, el pensamiento del Maestro, que sanciona y orienta, recogido por el Magistral de Tenerife como núcleo vital de su actividad misionera: «Dios es espíritu y es necesario que aquellos que le adoran le adoren en espíritu y en verdad».

Con esta simbólica corona de flores del espíritu, cortadas en el jardín de su alma, nos acercamos a su tumba; en el primer aniversario de su tránsito a la eternidad, para decirle al padre y al maestro con voz entrecortada por la emoción y el llanto: ¡Vives en el cielo y tu recuerdo nos acompaña!

José García Pérez.
(Párroco de Sto. Domingo).

Cuando en torno a un recuerdo o frente a una realidad el espíritu se siente dominado por el corazón, hay imposibilidad de estar sereno y de ser objetivo. Los impulsos cordiales cuando son intensos no pueden dominarse. En torno al recuerdo y frente a la muerte de Don Heraclio Sánchez, no podemos alcanzar serena paz, ni vencer el desconsuelo inmenso de su desaparición porque nuestro espíritu se inunda de dolor vivo, que viene de lo más hondo del corazón. No podemos escribir en calma sobre su gigantesca personalidad. Lo sabemos en Dios, pensamos que está en la morada del Eterno y que ha logrado, así, el ansia más ferviente de su vida. La propia idea que tenía de la muerte—nacimiento a la verdadera vida—la humana certeza de que está allí donde quería ir, debía servir no sólo para mitigar nuestro dolor, sino para hacerlo desaparecer. No lo conseguimos; el egoísmo y la mezquindad humana pueden mucho. La resignación ante la muerte es, en lo humano, difícil de lograr por muy arraigados que estén los sentimientos y las ideas religiosas. No nos conformamos con las quiebras afectivas y las roturas del cotidiano vivir que la muerte lleva siempre consigo. Cuando en nuestra vida nos unimos, en pura intimidad afectiva, a un ser, con quien compartimos diariamente ideas y emociones, dolores y venturas, su muerte no es sólo final de la vida extinguida, sino un poco también de la nuestra, porque se pierde para siempre algo que en ella tenía valor fundamental. Acaso, por eso, no se logre la plena resignación.

Para una muerte, la del que se fué a Dios, tenemos el remedio de la oración, como único posible tributo. Para la otra, para la que extingue algo que en nuestra vida tenía valor fundamental, sólo queda el dolor, el santo recuerdo y la gratitud infinita, en lo más puro de los mejores sentimientos. Ellos nos hacen escribir algo que todos sabemos y que debemos decir de aquella personalidad eximia que fué en vida valor humano e intelectual de los más grandes que han existido en Canarias.

Tuvimos la honra de ser portavoz del último trabajo que aquella eximia personalidad forjara para presentar a un Congreso mundial, el de Pax Romana, formado por gentes, católicas y universitarias, que reunían aquellas dos cualidades que, caracterizando al que perdimos para siempre, constituyeran los ambientes en que desarrolló su magnífica vida. En aquel Congreso mi voz fué la suya, cuando ya no existía. Y si para aquéllos quiso Dios que hablara por él, a los lectores de este libro homenaje, puedo hablarles de él, porque lo que me falta, que es mucho, de autoridad, me lo otorga la fuerza de la unión de mi persona a su recuerdo bendito.

Don Heraclio. ¡Cómo llenaba este nombre todo nuestro ambiente lagunero! ¡Cómo resonaba en todo el ámbito insular! Era alarde y orgullo de amistad en sus amigos, seguridad y ciencia en sus discípulos, consejo y dirección en sus compañeros, altura y señorío espiritual para el pueblo, caridad e interés para el necesitado, comprensión máxima y corazón magnánimo para todos. ¡Cómo crecía a su alrededor todo lo que significaba espíritu! ¡Cómo se deshacían torpezas y pasiones, orgullos y resentimientos, mezquindades y humanas miserias! A su lado, frente a la altura cimera de su mente y cerca de la grandeza extraordinaria de su corazón, nada era, nada podía ser, mezquino, ni torpe. Todo participaba de una generosidad que surgía antes que de su corazón—por el siempre ocultado—de su mente, que no supo nunca de razonamientos fríos, que iluminaba siempre más por su calor, que —con ser ésta tanta—por su propia luz.

El Don Heraclio grandioso, el de los sermones de elocuencia insuperable, el de la palabra arrolladora que arrebató los públicos, el de los discursos de fiestas literarias con tantas ovaciones como párrafos, el de las conferencias científicas, pletóricas de fondo y perfectas de forma—como la de San Juan de la Cruz, en el Paraninfo del Instituto lagunero—, que asombraban a los más doctos, el Don Heraclio, artista sublime de la oración y dominador perfecto de la palabra, fué, ampliamente conocido por Canarias.

El Don Heraclio científico, el hombre de Universidad, el Catedrático, que lo fué a gran altura, aunque no tuviera el título oficial, que le fué ofrecido y que no aceptó, el maestro de juventudes que supieron de profundos secretos teológicos y jurídicos, descubiertos o desentrañados por su mente prodigiosa, era también conocido. Su labor en el Seminario y en

...dad de La Laguna, que le sitúa en el primer plano
... selecto del Profesorado, está también divulgada y
... conocida.

Pero hay otro Don Heraclio de mayor altura espiri-
... Don Heraclio que eclipsa a los otros dos, pese a la
... didad de Don Heraclio orador y de Don Heraclio
... de ciencia. A ese Don Heraclio no lo conoce Cana-
... Es Don Heraclio en su tertulia; es Don Heraclio entre
... amigos y discípulos. Es Don Heraclio en diálogo, Don He-
... a solas. De ese Don Heraclio sólo sabemos los que tu-
... más que la suerte, el privilegio de ser sus amigos o dis-
... Allí estaba el Don Heraclio sublime, el Don Heraclio
... que nutría de prestigio a la Ciudad, a las Islas y a la Univer-
... el Don Heraclio de que "presumíamos" los que por
... a la Ciudad, la Universidad y las Islas, queríamos que
... los no isleños comprobaran de cerca—oyéndolo a él—las di-
... mensiones espirituales de nuestros ambientes.

Era en diálogo como sobresalían aquellas eminentes
... dades del gran Don Heraclio. A la manera de los maes-
... tros griegos, necesitaba su mente poderosa, para producir en
... toda su intensidad, el aguijón de otra inteligencia que anima-
... ra la suya. Con la interrogante, la dificultad, la sugerencia o
... la contradicción de otra mente, su poderosa inteligencia ini-
... ciaba marchas por los caminos de la cultura que terminaban
... siempre en las fuentes de la más pura Verdad. Y el discípulo
... —siempre había que serlo al lado de Don Heraclio—contem-
... plaba extasiado la llegada a aquella meta, no sabiendo que
... admirar más, si la pureza de las fuentes en que le hacía beber
... el Maestro o la belleza de los caminos que hiciera recorrer
... para llegar hasta allí.

De todo se hablaba en aquella tertulia a la que ya no
... podremos volver jamás. Don Heraclio no rehuía ningún tema.
... Más que la calidad de su inteligencia, admiraba su prodigiosa
... cultura. El que antes no asiduo, llegaba a la tertulia, general-
... mente el Catedrático recién advenido a la Universidad o al
... Instituto, se daba inmediata cuenta de ese caudal de cultura
... que don Heraclio poseía. Y pronto le planteaba un problema
... de su especialidad. Temas de Historia, de Literatura, de Arte,
... de Derecho, etc. Siempre, casi sin excepción, don Heraclio,
... sin quererlo hacía gala de sus extremos conocimientos. Ahon-
... dando en la cuestión; frente a la duda, la dificultad o la opi-

nión contraria del interlocutor, Don Heraclio, marchando por la senda del saber, impidiendo duramente el torcer por el vecicueño, el volver atrás o el extravío inconsciente o mal intencionado, iba descubriéndonos a todos, a veces al propio especialista con quien directamente dialogaba, las maravillas de esos caminos de la cultura que llevan a la verdad, mostrando siempre esa relación entre las Ciencias que dimana de su unidad, en el origen divino de todas las cosas. Podríamos citar muchos nombres, algunos presentes todavía en nuestros Claustros, de Catedráticos que, incluso para temas de su especialidad, se constituyeron en discípulos de don Heraclio.

El propio y más excelso magisterio de don Heraclio radicaba allí, en su "cuarto internacional" así llamado humildemente, porque había cabida en el mismo para todos los que, con nobleza de intención y altura de espíritu, quisieran hablar y oír de los temas que, con el sólo interés de la verdad y con la unión de discípulos y amigos, allí se trataban. Ideologías y creencias diversas, actitudes diferentes ante problemas del vivir, allí se unían bajo el signo de la amistad y en la presidencia, por todos complacidamente aceptada, de aquel espíritu que manaba generosidad y comprensión.

Poseía don Heraclio en alto grado la facultad de ver en lo que nos rodea la dimensión eterna que es, además de la auténticamente verdadera, la única realmente poética. Su espíritu nunca se detuvo en ninguna realidad, ni cuestión, hasta llegar a ver esa dimensión eterna que siempre tienen las cosas, pero que sólo pueden captar los espíritus selectos. Y mientras el mundo en que vivió se detenía, creyendo haber agotado la visión de las cosas o las cuestiones, en lo útil, lo racional, lo conveniente o lo económico, mientras una gran parte de ese mundo se contentaba ufano en ver como sustantivo sólo lo material, don Heraclio miraba, y nos hacía mirar para lo que ese mundo no veía o despreciaba, consciente o inconscientemente, no obstante radicar en eso, que así quedaba oculto, las únicas posibilidades de que la humana visión de las cosas fuera verdadera y bella. Por eso moría a su lado todo lo que fuera mezquino, torpe o miserable. Por eso crecía y se agigantaba en torno a su figura, todo lo que significara espíritu. Y unas veces desde el campo de la Filosofía,— en el que era señor de inmensos dominios— otras con la visión teológica que hacía fácil y asequible para el oyente, a quien nunca dejaba salir del campo de la buena Lógica, don

Heraclio lograba diariamente, desde un punto de vista de ciencia verdadera, en cada cuestión de las múltiples sobre las que versaba el diálogo, descubrir o encontrar esa faceta de las cosas en que radica su última ratio que es, siempre también, su única razón. Asombraba la facilidad con que don Heraclio trataba las más difíciles cuestiones. Vea las cosas desde la altura de su mente, a la cima de su saber y allí era facilidad, lo que visto, en el valle de la humana mediocridad, parecía dificultad insuperable o intrincado laberinto. Bajo su magisterio, en aquella tertulia de amigos verdaderos, donde la verdad brillaba siempre a la luz rectora de su mente prodigiosa, todas las diferencias desaparecían. No importaban las opiniones diversas que don Heraclio parecía buscar, nada suponían divergencias de parecer en orden a cuestiones que aún pareciendo importantes eran allí anécdotas sin valor para todos. En el clima del "cuarto internacional", templado por la generosidad y la munificencia intelectual de Don Heraclio, la discusión no era nunca pelea, ni casi lucha; era impulso iniciador de marchas por caminos del espíritu que se hacían, sin fatiga y sin rencor, guiados siempre por el maestro amigo y que conducían a fuentes de valor esencial en el que todos, plácidamente, apagaban su sed de verdad y de bien.

Casi todos los amigos de don Heraclio eran universitarios. Y aunque su tertulia la frecuentaban Sacerdotes, Médicos, Catedráticos de Literatura, Arte, Historia, etc..., estaba principalmente constituida por hombres dedicados al Derecho, casi todos Profesores de la Facultad lagunera. Eran, por ello, los temas jurídicos, los que principalmente se trataban. Allí se hacía diaria realidad aquel pensamiento de Donoso Cortés de que en todo problema jurídico está subyacente un problema teológico. Allí también tenía diaria comprobación, la tesis, plenamente aceptada, de la unidad entre las Ciencias. Era don Heraclio el que siempre hacía ostensible una y otra comprobación. Ninguna cuestión jurídica era vista, sin situarla en el campo de la Filosofía, con las necesarias incursiones a la Ciencia que suministrara el conocimiento preciso para su solución y sin el ascenso al terreno teológico, que siempre aparecía lindando con el filosófico por el que don Heraclio nos hacía discurrir. Y en aquellos terrenos, mejor dicho, en sus cimas, el Maestro amigo iba descubriéndonos horizontes y perspectivas que aumentaban, cada día, nuestra inquietud y nuestro entusiasmo, al hacernos ver lo poco que habíamos andado en el

camino de la verdad jurídica y todo lo que nos faltaba por recorrer.

Ya no se reunirá más aquella tertulia que don Heraclio hacía magnífica. Ya no tendremos la orientación de aquél que fué no un teólogo, un filósofo, un jurista a secas, sino un hombre superior, magnífica síntesis de estudios diversos, realizados por un espíritu de rara selección, que pudo andar a sus anchas sobre profundidades teológicas y en alturas científicas, guiado por una mente excepcional que nunca sintió el vértigo de las cimas en que vivió, porque se situó frente a los precipicios que a sus pies existían en la serenidad de una sistemática dimanada de los eternos principios que siempre profesó.

Y al lado del Maestro para la Ciencia, el amigo para la dificultad o el problema que surgía del cotidiano vivir. Si allí, para los problemas de la ciencia, don Heraclio brillaba con su inteligencia poderosa, aquí, para los problemas de la vida don Heraclio brillaba con su magnánimo corazón. Problemas de familia, de profesión, personales, etc... de alguna gravedad le eran consultados siempre al hombre insigne por todos sus amigos. Ello aparte de las graves cuestiones que afectaban a la Diócesis o a la Universidad que, con gran frecuencia, también le eran consultadas. Siempre, sin excepción, el amigo que se entregaba a don Heraclio encontraba en él no sólo la clara solución intelectual que buscaba, sino la máxima generosidad y, muchas veces, su rápida y directa intervención personal aunque le significara gran esfuerzo o sacrificio. Y así, un día se enfrentaba duramente con el autor de una detención injusta para dejarla sin efecto; otro visitaba, sin saberlo el amigo consultante, a la persona de que dependía la solución del asunto consultado para hacerle ver donde estaba la justicia de la solución; y siempre llevando a cabo todo cuanto estuviera a su alcance para responder al imperativo de la amistad. Muchas veces le vimos en estado de verdadera angustia espiritual haciendo suyo, acaso con más preocupación que el interesado, el problema que le había sido planteado. ¡Cómo le preocupaba la salud espiritual de sus amigos! ¡Cómo indagaba acerca de sus conductas cuando temía que se apartaran de la ley moral! Recordaba a sus amigos muertos y aunque el dolor de su pérdida, él lo atenuaba con la seguridad que sus creencias exigían, al oírle hablar de un amigo fallecido, brotaba, sin él quererlo, de sus frases, un desconsuelo hondo que hacía pensar que la

amistad para don Heraclio era una fortaleza inexpugnable aún frente al tiempo y la muerte.

Corazón magnánimo que él quería siempre disimular o esconder bajo la apariencia de lo seco y hasta de lo brusco. Pero, llegada la hora, sus impulsos no eran vencidos, aunque se conservasen aquellas apariencias. Y así el hombre que fué grande por su inteligencia, lo fué, en mayor grado si cabe, por su corazón. Maestro y amigo, gran Maestro y mejor amigo, eso es lo que hemos perdido. Pero lo que es auténticamente grandioso no se pierde nunca del todo. No hemos perdido totalmente ni al amigo ni al Maestro porque don Heraclio fué no Maestro y amigo, sino el amigo y el Maestro.

El Maestro cuando lo es ciertamente, no deja de serlo por fallecer. Está en nosotros, porque contribuyó a nuestra formación, como están en nuestros padres y nuestros amores. El amigo que sólo comparte alegrías y tristezas, falta cuando ya no puede participar personalmente en nuestros dolores o venturas. Pero el amigo que no sólo compartió nuestras alegrías y dolores, sino que nos hizo conocer la verdadera fuente de la alegría, que es la de saber ver o procurar encontrar esa dimensión eterna que tienen todas las cosas, en la que, además, nuestros dolores son más llevaderos, y en la que radican las posibilidades únicas de poesía y felicidad en la vida terrenal, el amigo que es así, como tal amigo, creador de nuestras alegrías y mitigador de nuestros dolores, está siempre participando en ellas y con él habremos de compartirlas, vivo o muerto. Y así don Heraclio vivirá en nosotros como vive todo Maestro y como amigo excepcional, como un amigo excepcional que nos enseñó algo fundamental y definitivo, esto es, como Maestro otra vez. Y es que si al lado de don Heraclio teníamos que ser discípulos, su recuerdo, este recuerdo que veneramos como amigos no puede ser otro que el de Maestro, también venerado.

La vida de don Heraclio fué un perpetuo salmo a Dios. Le cantaba enfervorizado en el púlpito, en la tribuna, en la cátedra. En la tertulia de su cuarto inolvidable, llegaba, hablándonos del Eterno, a las alturas del misticismo. Hasta la música que interpretaba maravillosamente, con su guitarra, que tanto amaba, le servía para alabar al Creador. Era un elegido del Señor.

Manuel González de Aledo.

Me piden, mi buen Heraclio, que hable de tí. Será mejor que hable contigo. Tú no necesitas de mis elogios y es muy posible que yo hiciese torpemente un estudio acerca de tu persona. Te agradará, en cambio, que te hable con palabras nacidas de lo que siempre fuiste por sobre todas las cosas: amigo. Y bien sabes que la amistad, pasado cierto tiempo, es, más que devaneos de futuro, cristalización de recuerdos.

Del mundo de los recuerdos no tenemos sino contadísimos momentos que luego nos sintetizan zonas a veces dilatadas de nuestra vida. El río, el camino, el paisaje una vez recorridos se compendian en nuestro espíritu en una parcela de visión, en unos instantes de su curso total, en aprehensiones de aquí y de allá del amplio horizonte. No otra cosa ocurre con los trechos de nuestra existencia, con los afanes y amores que en ellos ponemos. Pero la vida es avara en diáfanas amistades. Y frecuentemente cuando las da, las troncha, quién sabe si para valorarnos su tesoro; para que por perdido sea doblemente tesoro. No has sido tú la única riqueza de este género que se me ha ido, pero como a todo hombre acontece, eran tan pocas las que tenía que ahora veo cuán pocas son las que me van quedando. Ahora, para mí, la muerte—o la vida—te ha valorado supremamente. La muerte o la vida. ¿Qué es la una sin la otra? Esto que acabo de escribir me hace volver atrás y pensar en aquellas mañanas y aquellos atardeceres en que divagábamos y divagábamos carretera adelante, guardados por una doble fila de eucaliptos viejos y olorosos, volcándonos el uno en el otro; tú, con tu incógnita resuelta; yo, con mi X. Muchas veces, al regreso, te reteníamos a almorzar. Al sentarnos a la mesa mi madre te pedía tu bendición. Cuando ella ya no existía fui yo

quien te la pedí para llenar mi casa silenciosa con risas de niños. Otra vez la muerte y la vida.

De tu vivir apasionado y vehemente; de aquella preciosa alianza de integridad doctrinal y de humana comprensión que era tu persona; de aquella prodigalidad tuya de la que un día, en la paz de una siesta, dió buena cuenta tu propio corazón; de aquel derrochar tus horas mientras en los estratos de tu espíritu se iban sedimentando tus lecturas y tus reflexiones; de aquella tu aureola, y de aquel tu saber, y de aquella tu bondad yo no retengo para mí más que nuestros paseos solitarios entre añejos y perfumados eucaliptos, con lectura de versos y escapadas del pensamiento y largos silencios llenos a veces de campanadas lejanas. Nada más que eso tan sencillo y tan honrado; tan distante y sin embargo tan presente. Largo trecho de años compendiado en unos instantes. ¿Me comprendes una vez más? Me sale mucho más del corazón hablar contigo que hablar de tí. Ahora la carretera escampa. Tú te fuiste y contigo se han ido yendo muchos árboles. Pero cuando alguna vez la transito, mira si te recuerdo y si te quiero que al volver a mi casa y salirme mis hijos al encuentro sólo pido para ellos, mientras los acaricio y te rememoro, una hombría como la tuya, una reciedumbre y una bondad como las tuyas...

José Manuel Guimerá.

Su vida fué una llama permanente,
y al renovar sus luces cada día,
crepitaba la antorcha de su mente,
y en un volcán, su corazón se abría.

Arder, vivir... Y fué a encender su frente,
al notar que la llama se extinguía,
en la estrella más alta y refulgente,
esa que siempre le sirvió de guía.

Vivir, arder... Y así, como una rosa
que crece en una intensa llamarada,
—cuando era más grande y luminosa—;

en el búcaro azul de la tristeza,
se apagó para siempre, deshojada
sobre el Altar del Bien y la Belleza.

E. Gutiérrez Albelo.

Huyendo de esta vida transitoria
de muerte, de dolores y gemidos
marchó, con la cohorte de elegidos,
en tránsito supremo hacia la Gloria.

Sus frases de magnífica oratoria
ligaron corazones que, aún prendidos,
forman un haz de afectos reunidos
en férvido homenaje a su memoria.

En él, que es su corona de diamantes,
igual que está en el mar sola una peña,
engarzo yo estas piedras tan sencillas
y espero que también serán brillantes
rezando mi oración, aunque pequeña,
henchida de fervor y de rodillas.

José G. Gutiérrez.
Del "Orfeón La Paz".

Las palabras que han servido de lema para estas mal pergeñadas cuartillas constituyen una de las estrofas, acaso la más inspirada, del magnífico himno que ha compuesto un lagunero, Don José G. Gutiérrez, en homenaje a la memoria del que fué Magistral de la Santa Iglesia Catedral de La Laguna, el inolvidable maestro que se llamó Don Heraclio Sánchez. Este himno, que ha servido para revelarnos este nuevo valor poético y musical, nos ha sorprendido agradablemente, pero no hemos sentido extrañeza, teniendo en cuenta que La Laguna ha producido siempre gran número de escritores, músicos, historiadores y poetas.

Sus viejos palacios domidos, soñando con épocas preteritas; la dulzura del vocear de las campanas monjiles, evocadoras de nuestra ingenua infancia, para siempre perdida; la belleza de sus campos y jardines, vestidos de primavera, o desnudos en la agonía del otoño dorado; la serenidad de su vida, deslizándose como un remanso de paz, en este mundo atómico, lejos de los ruidos que matan el silencio, y de los humos, que ensucian el claro azul del cielo: todo ello ha servido como fuente de inspiración para el desarrollo de todas las más nobles actividades del espíritu. En la quietud de nuestro vivir cotidiano, el verbo encendido de Don Heraclio, fué piedra y fué también luz.

Dice el Evangelio de San Juan: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios", es decir, desde la eternidad, el hijo, la segunda persona de la Trinidad, ya estaba en Dios. Y este Verbo se hizo carne, uniendo a sí a la naturaleza humana. Entonces el Verbo original trasciende al hombre miserable. La acción divina recae sobre este hombre, que peca y se arrepiente, crea y destruye. El Verbo es la ondulación que marca la vida al oscilar entre las dos márgenes del bien y del mal. El Verbo se ha hecho acción. También la vida es acción San Pablo, experto cirujano de almas ahondando en este



misterio, expone magistralmente la unión entre el Verbo hecho carne y la persona humana: "Yo vivo, pero no soy el que vive, es Cristo quién vive en mí." Don Heraclio encarna exactamente esta maravillosa concepción de San Pablo, porque en él, el Verbo se hizo vida, y sus palabras daban espíritu.

Hay muchos que hablan elegantemente, pero no profundizan. Sus palabras riegan solamente la superficie, pero no llegan a las entrañas de la tierra. Don Heraclio hizo posible la conjunción de una dicción impecable y majestuosa, unida a la madurez del concepto. Su arado rasgaba las profundidades maternas de la tierra y fructificaba en las muchedumbres que le escuchaban.

Parirás con dolor, dicen las Sagradas Escrituras. Por eso su palabra, a veces, era dura, aguda, áspera, dolorosa, hiriente. Como una piedra lanzada en el agua turbia de nuestras pasiones, deseos y ambiciones, iba trazando círculos concéntricos, cuyo centro era Dios, que estaba dentro de él, y se manifestaba en sus palabras. Estos anchos círculos que abría, se iban luego reduciendo, cerrándose en torno a su propio corazón, al que oprimían, asfixiándolo, con el terrible peso de los dolores y miserias de la humanidad, que sentía tan intensamente, que le hacían daño.

Su Verbo, fué piedra, pero piedra de luz. El diamante es la piedra de luz por excelencia: Dura, muy dura, raya a los otros minerales, y brilla en toda su pureza, aun en medio del lodazal humano. El Verbo de Don Heraclio rayaba los corazones duros de los mercaderes del mundo, y de los ricos del mundo, insensibles al hambre y a la miseria de los pobres. Y brillaba con la pura e increada luz de la verdad, que el poseía. Increada, porque la verdad absoluta, sólo se halla en Dios. Nosotros hemos creado una verdad relativa, capaz de ser percibida por nuestra mente limitada y finita. Pero, ¿será verdadera esta verdad nuestra? Desde el más allá, el Maestro ha podido resolver este problema angustioso, que tortura nuestra pobre inteligencia.

Así como la palabra era en San Pablo remordimiento, y cristal en Platón, el Verbo del Maestro, era como dice San Juan: Luz verdadera que cuanto de sí alumbraba a todo hombre que viene a este mundo. Por eso su palabra resonaba a los

acordes recibidos del infinito. Y al hablar convertía las ondas en música sensible. Oírle hablar era llenar de luz nuestro corazón, percibir una orgía de colores, un deslumbramiento análogo al que sintió Saulo en su camino de maldición, o escuchar el estrépito de un torrente desbordado. Otras veces su palabra nos hacía sentir el frío de nuestras vidas estériles, miserables, y oír el ruido macabro que produce la muerte al devorar el cadáver de la vida. Y en otras ocasiones, su voz tenía inflexiones maternales, alegre rumor de infancia, amargo sabor de lágrimas vertidas por esta humanidad, perdida como un niño en la selva oscura de sus pasiones y de sus rencores.

Todos somos fieras enjauladas en la espesura de nuestros odios, que no nos deja ver a la luz del sol, la claridad del cielo, dice Don Jacinto Benavente. La palabra del Maestro recorría estos barrotes sombríos y hacía que destacase límpida y pura la luz que venía de las alturas. ¡Libertad!, exclamó Goethe, al pisar los umbrales de la eternidad. Había fracasado en la busca de la libertad externa. Su Werther había creído hallarla en la negra boca de una pistola. Esa libertad la buscaba también el revolucionario francés, cuando moría al pie de las barricadas, al engañoso conjuro de esa palabra. Esta libertad está en nosotros mismos, en nuestro yo. En el interior del hombre habita la verdad, había dicho San Agustín, y también la libertad, añadimos, nosotros, por ser precisamente un atributo suyo. Don Heraclio poseía esta verdadera libertad interior y quería transmitirla a los demás, por medio de su verbo exaltado.

La exaltación de la luz, produce la llama; así Don Heraclio se consumió en la llama de su verbo. El sentía su frágil cuerpo quemarse interiormente, irse achicando, reduciéndose su miserable envoltura carnal, consumida por la llama interior de su amor divino. Sabía que la muerte tiraba de él; no la temía pero tampoco la deseaba. Cristo en su vía crucis de amargura lanzó aquel grito tan hondamente humano, tan terriblemente desgarrador: Señor, aparta de mí este cáliz de amargura. Y era el hijo de Dios. Por eso, el Magistral cuando sentía arder su carne hacía que su dolor se escapase, prendido en los trémolos de su guitarra, que cantaba una canción de despedida a su tierra querida. Y ponía en sus cuerdas dolor y alegría. Vida en suma.

Maestro, desde las regiones del infinito, ruega para que nosotros miserables pecadores, podamos como tú hiciste, en el

momento del tránsito definitivo, trémulos los labios, confesarte con aquellas maravillosas palabras de Vázquez Mella: ¡Señor! ¡Señor! Cuando las muchedumbres que redimiste de doble esclavitud, enloquecidas por el vino de la impiedad, te maldecían; cuando los sofistas se mofaban de Ti, y te escarnecían saludándote con el Ave Rex Judiorum; cuando los perseguidores echaban suerte sobre tu vestidura, y los escribas y los fariseos se concertaban para infamarte, y los cobardes pactaban con ellos, y discípulos pusilánimes, te confesaban en silencio, ¡Señor, Tú bien lo sabes! yo no te negué, y en horas muy amargas se levantó hasta Ti como una oración mi propia pesadumbre, para decirte que sea tu nombre el último que pronuncien mis labios, y que cuando mi lengua quede muda, todavía con el postrer esfuerzo se alce mi brazo como una espada, que te salude millárfamente al rendirse a la muerte, peleando por tu causa.

Emilio Gutiérrez Osuna.

I

Fué Don Heraclio Sánchez varón recto y piadoso,
Magistral elocuente de máximo valer...
Por la aorción forjado, tu verbo prodigioso.
en este aniversario ha vuelto a florecer.

Enamorado ardiente del rincón rumoroso
de la vieja Laguna, supiste recoger
la serena armonía, lo grande y generoso
del terruño que hoy llora tu triste fenecer.

Espléndidos fulgores señalan el camino
donde se alza la obra de la Universidad
que no viste acabada por azar del destino.

En las vetustas aulas que tanto ennobleciste,
evoco las lecciones que a los alumnos diste
oyendo en tus palabras la voz de la Verdad.

II

¡Cuántos dones lograste con tu docta enseñanza,
con la clara doctrina de pensador cristiano,
con el ánimo libre plasmado en la templanza
y l vista en un algo sustantivo y humano!

Reflejar hoy quisiera en mi tosca semblanza,
las diversas facetas de tu espíritu sano,
que llevaba por lema: Humildad y Esperanza,
ese afecto sincero de compasivo hermano.

En los últimos tiempos, tu corazón doliente
triunfó de dura crisis, oprimido y maltrecho,
hasta tender su vuelo con la fe del creyente.

Y buscando aire puro de celestes montañas,
trasmutaste los moldes de tu cuerpo deshecho
por la luz redentora que ardía en tus entrañas.

José Hernández Amador.

La Laguna, Junio de 1947.

Un grupo de amigos del que fué ilustre Canónigo Magistral de la Catedral de San Cristóbal de La Laguna y distinguido Profesor de nuestro primer Centro Docente, Dr. Don Heraclio Sánchez Rodríguez, trata de enaltecer su memoria. Nada más justo que honrar a los que con su virtud y clarividente inteligencia prestigiaron la amistad y la cátedra sagrada y profana enalteciendo al propio tiempo la tierra que le vió nacer y hoy recoge sus despojos, y a la Isla hermana de Tenerife que le tuvo en máxima consideración y le utilizó durante muchos años en la labor docente y de apostolado.

No traté a fondo al distinguido canario. De él oí siempre los más encendidos elogios que le acreditaban como hombre preparado, erudito y orador de polémica fogosa que entusiasmaba y convencía a las masas. La primera oración sagrada que le oí fué hace muchos años en la Catedral de Canarias, siendo entonces Beneficiado Organista de la misma, en ocasión de la oración cívico-religiosa conmemorativa del aniversario de la Incorporación de Gran Canaria a la Corona de Castilla. Fué un discurso de altura, erudito, lleno de canariedad y esencialmente patriótico, sin ñoñerías. En él ya se revelaba la categoría del futuro Magistral de Tenerife.

En 1929 volví a oírle complacidamente, reiteradas veces, en sermones, tanto en Santa Cruz de Tenerife como en La Laguna. En el mismo año le escuché un discurso notable, jugoso de doctrina social católica, en ocasión del reparto de pensiones a desvalidos ancianos en un acto de Homenaje a la Vejez celebrado en la Villa de la Orotava, bajo la presidencia del Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis Nivariense, Fray Albino González Menéndez-Reigada, en unión de las Autoridades provinciales y de una comisión de la provincia de Las Palmas, de la que formaba parte el autor de estas líneas. Pronunciáronse varios discursos. Recuerdo el del distinguido y veterano letrado lagunero Don Leocadio Machado, el del Dr. Don José Azofra del Campo, Maestrescuela de la Catedral de Canarias,

Un grupo de amigos del que fué ilustre Canónigo Magistral de la Catedral de San Cristóbal de La Laguna y distinguido Profesor de nuestro primer Centro Docente, Dr. Don Heraclio Sánchez Rodríguez, trata de enaltecer su memoria. Nada más justo que honrar a los que con su virtud y clarividente inteligencia prestigiaron la amistad y la cátedra sagrada y profana enalteciendo al propio tiempo la tierra que le vió nacer y hoy recoge sus despojos, y a la Isla hermana de Tenerife que le tuvo en máxima consideración y le utilizó durante muchos años en la labor docente y de apostolado.

No traté a fondo al distinguido canario. De él oí siempre los más encendidos elogios que le acreditaban como hombre preparado, erudito y orador de polémica fogosa que entusiasmaba y convencía a las masas. La primera oración sagrada que le oí fué hace muchos años en la Catedral de Canarias, siendo entonces Beneficiado Organista de la misma, en ocasión de la oración cívico-religiosa conmemorativa del aniversario de la Incorporación de Gran Canaria a la Corona de Castilla. Fué un discurso de altura, erudito, lleno de canariedad y esencialmente patriótico, sin ñoñerías. En él ya se revelaba la categoría del futuro Magistral de Tenerife.

En 1929 volví a oírle complacidamente, reiteradas veces, en sermones, tanto en Santa Cruz de Tenerife como en La Laguna. En el mismo año le escuché un discurso notable, jugoso de doctrina social católica, en ocasión del reparto de pensiones a desvalidos ancianos en un acto de Homenaje a la Vejez celebrado en la Villa de la Orotava, bajo la presidencia del Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis Nivariense, Fray Albino González Menéndez-Reigada, en unión de las Autoridades provinciales y de una comisión de la provincia de Las Palmas, de la que formaba parte el autor de estas líneas. Pronunciáronse varios discursos. Recuerdo el del distinguido y veterano letrado lagunero Don Leocadio Machado, el del Dr. Don José Azofra del Campo, Maestrescuela de la Catedral de Canarias,

Don Heraclio Sánchez ha sido visto por sus contemporáneos, salvando las necesarias distancias, como un Sócrates cristiano. Se le juzgaba dueño de una profunda sabiduría, una imaginación fértil y una sensibilidad exquisita. Rara vez las prensas recogieron el fruto de sus pensamientos; y sus enseñanzas, vertidas en el seno del aula universitaria o de su cuarto de hotel, o más extensamente desde el púlpito o la tribuna, han quedado, en cierto modo, confiadas a la memoria de las personas que le rodearon y, de una manera especial, a la de quienes fueron sus discípulos y seguidores.

Son ellos los encargados de recoger sus doctrinas y de decirnos cómo era, en toda su profundidad, el espíritu de Don Heraclio que, a nosotros, se nos antoja como el ámbito de una tempestad, con sus cargas eléctricas y sus densas nubes; con su tronar polémico y el resplandor de su pensamiento agudo, iluminando e hiriendo, a la par, como un rayo deslumbrador, la imaginación de sus interlocutores u oyentes, fueran éstos los amigos de su tertulia o de su partida de tresillo, los seguidores de sus sermones o de sus conferencias.

Y, junto a la tempestad, la calma, tan necesaria a su temperamento y a su naturaleza. Y, en la calma, la armonía. Y, en la armonía, la especulación filosófica y la música, el diálogo y la guitarra, que Don Heraclio tocaba divinamente, como Orfeo su lira, para amansar, deteniendo al borde de su espíritu—en aquel maravilloso diálogo consigo mismo y con el alma de los demás—a cuántas fuerzas del instinto, que la razón no vence, se mostrasen hostiles o amenazadoras.

Don Heraclio cultivaba cuántas disciplinas del saber humano pudiesen apaciguar su sed de conocimiento; sopló

inteligente cantaba en todas las torres, para extenderse, después, sobre las copas de los árboles vecinos, en un afán de estremecerlas. Su influencia marcó, en algunas de estas copas, la dirección de sus ramas y, en su configuración, aun después de apagado el vehemente impulso, subsiste el genial modelador.

Es, precisamente, en las flores y los frutos de estos árboles, donde Don Heraclio tiene su renovada primavera y la parte más viva de su corona humana, de la que muchas de las páginas de este libro son como las hojas que tratan de recomponer esa rama, verde y lozana, de laurel canario que era nuestro Magistral.

Andrés de Lorenzo-Cáceres.

Hasta el escribir esta cuartilla, que había prometido, me produce esa pesadumbre, mezcla de angustia y dolor físico, tributo del afecto. Ya no deseo ir a Tejeda ni conocer su casa, sus parientes y amigos, sus compañeros de infancia, de aquella lucecita que conoc cuando ya era lumbrera.

El día antes de morir vió ante sí *la senda clara*. No es que le doliese emprender el camino, sólo sentía dejar sin su sombra, moral y hasta material, tantos seres queridos. Estaba preparado hacía años, lo cual no quiere decir que no amase la vida, que se deslizaba a gusto con su fe, sus obligaciones de sacerdote, la música melancólica de su guitarra, sus placeres inocentes casi infantiles, sus libros, sus meditaciones. Gran parte de su vida era su Universidad, y en ella, sus buenos amigos y compañeros; uno ya le precedía en el camino. La muerte no logró alterar la paz de su fisonomía ascética.

¡Magnífico ejemplar de ejemplar cura hidalgo español, con esacortesía netamente canaria, como su acento, arquetipo de Quijanos pero cuerdo y siempre consciente de la responsabilidad!

Para no ablandar almas propensas, es decir, por caridad, algunas veces dejaba perplejas a las personas que más quería, mostrando una corteza áspera y dura para no descubrir su corazón de oro. Tenía un lema que siempre nos unió: "Primero justicia, y luego dejar un margen a la misericordia".

No padecía de vanidades; por eso no intentó, que yo sepa, dejar edificio ni discurso. Se llevó muchísimo; su vida será un monumento. Sólo hace falta que de entre sus amigos surja el poeta iluminado que perpetúe su memoria antes que se cumpla en nosotros la sentencia "Periit memoria eorum cum sonitu".

Jesús Maynar Duplá.

Decano de la Facultad de Ciencias.

El hombre no está aislado en la tierra, pues es por esencia sociable. Advierte dentro de sí un clamoroso himno de divinidad, oye la sinfonía solemne de la creación, comprende que sus pupilas se iluminan sin quemarse con las bellezas terrenas y se sumerge en el piélago inmenso de esas ansias de belleza y verdad, que saltan irrefrenables en su alma, para derramarse al exterior más tarde. Y cuando el hombre, en duelo consigo mismo, arranca a su ser el mundo ideal que le conmueve y martillando en las cosas que le atenazan las hace hablar, al ponerlas en contacto con su voluntad e inteligencia, nace alborozado un concepto, surge espontáneo el arte, que es una consecuencia lógica del espíritu del hombre siempre ansioso de verdad y belleza.

Arte es la chispa de inmortalidad que salta al fundirse el alma humana con las cosas que le rodean. La manifestación de la actividad humana. La realización de la belleza por el hombre. Razón recta de hacer alguna cosa. Es el vuelco de lo divino que en nosotros vive sobre la materia que vive fuera de nosotros. Es la voz fuerte y recia que impera con énfasis a las cosas, diciéndoles: "Levantaos y hablad".

Todo hombre es, pues, artista, porque todos buscan la verdad y la belleza y todos oyen el diálogo chispeante de amores de la tierra y el cielo y todos pueden lanzar su alma al exterior para mandar a la materia.

Y eso era D. Heraclio Sánchez Rodríguez: Un maestro de la verdad y el amor, un espíritu sereno como un lago de cristal pero en continua ebullición honda de más verdad y más belleza, un artista del espíritu. Porque su arte no se detenía en la materia a la que arrancaba las chispas más gigantescas

de grandeza, ni hacía hablar solamente a las cosas que le rodeaban. No era exclusivo al oír el himno de divinidad dentro de sí. Se proyectaba largo, abierto, para captar mejor el acorde lírico de la creación, pero siempre volaba más lejos, con más atisbos de grandeza, con más ansias de cielo. En su vuelo llegaba hasta el alma de sus semejantes.

Con el buril de su inteligencia de águila grababa en el mármol frío y limpio de las almas ideas de emoción espiritual y pintaba con los pinceles siempre suaves y jocundos de su voluntad risueñas esperanzas de belleza inmortal en los espíritus inquietos por la belleza de la materia. Moldeaba con las manos sutiles de su genio fecundo los corazones, para que pudiesen oír la sinfonía solemne de la creación como él la oía y arrancaba poesía elegante y subida, al tocar con la lira espiritual de su simpatía cristiana, en los eriales toscos de la prosa vulgar y burda de ciertas inteligencias. Con los ingentes materiales de su vasta cultura levantaba arquitecturas maravillosas de ciencias en las casuchas derruidas por la soberbia del conocimiento fuera de Dios; con el cincel de su certera visión en los problemas del espíritu esculpía en el alma atormentada la idea clara y eficaz que la levanta de la postración y arrancaba de ella las espinas, con fuerza o con delicadeza, pero siempre con exquisito cuidado para que al arrancarlas no lastimasen.

Eso era aquel inolvidable e ilustre Magistral de Tenerife, cuyo recuerdo aun perdura en nosotros con puñales de lágrimas: Un artista del espíritu en el grado más sublime, en el de las Bellas Artes espirituales.

Leopoldo Morales Armas.

Presbítero.

Repetías sin cesar en los momentos en que el dolor más te atormentaba, en aquellas terribles noches que eran puente de sufrimiento entre tus días de enseñanza y caridad: "¡Me muerol, pero no me importa". Habías aprendido bien las palabras de San Pablo, a quien con frecuencia tan enamoradamente citabas: "Hermanos: no queremos que ignoréis el estado de los que duermen, para que no os contristéis como los gentiles que no tiene esperanza."

Y a la mañana, olvidado de tus dolencias, después de la Consagración que para tí tenía un valor emocional siempre nuevo, empezabas las clases; la predicación del Evangelio que inflamaba tu alma y la de los oyentes hasta que tu pobre cuerpo caía herido por el esfuerzo; la limosna secreta; oías, con respeto y comprensión, las confidencias de quienes acudían a tí en busca de fortaleza o de guía; nunca faltaba el consejo, lleno de prudencia, que resolvía lo que parecía irresoluble, ni la frase consoladora para acabar con las lágrimas estériles; unías con amor de hermandad a cuántos te rodearon. Tú, con todo lo tuyo, eras siempre de todos.

Esta era la esencia del "cuarto internacional", y, como resultado entre las discusiones filosóficas, teológicas, jurídicas, etcétera, una alegría inmensa que se desbordaba en torneos de grajeo o ironía o se hacía música en tu guitarra.

Ahora, al cabo de un año, no puede importarnos tu muerte que a tí no te importaba; tenemos que alegrarnos con la promesa bíblica: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras le siguen, y tú llevas un cortejo de obras de caridad. Venzamos nuestro dolor, que no tiene más que una razón de ser: el egoísmo por las veces que te necesitamos.

José Ortego Costales.
Catedrático de Derecho Penal.

No podía negarme yo a rendir la pleitesía de mi homenaje a la memoria del Doctor D. Heraclio Sánchez Rodríguez, en este acto con que el ilustre abogado, prez de la Universidad de La Laguna, don Manuel González de Aledo, ha querido enaltecer el recuerdo imborrable del Magistral de Tenerife ha poco fallecido.

Múltiples son los puntos de vista desde los cuales puede ser estudiada la reciedumbre de su personalidad; pero fué el prestigio de su oratoria la que atrajo hacia él las miradas de todo el pueblo tinerfeño, desde las clases más modestas hasta las más elevadas.

Don Heraclio Sánchez Rodríguez era un espíritu de vasta y profunda formación humanística, adquirida, principalmente, en el Seminario de la Ciudad de Las Palmas, donde tuvo la fortuna de recibir la cultura de los más doctos varones que a la sazón formaban el plantel de profesores de aquel centro docente.

Con un gran bagaje de filosofía y teología tomísticas, vino a nuestra isla, en la época del Obispo de bendita memoria don Nicolás Rey Redondo, con el fin de opositar a la prebenda de Magistral, vacante entonces por muerte de don Alejandro de la Peña y Bustillo.

La brillantez de aquellos ejercicios de oposición, de los que se hicieron eco todos los que a ellos asistieron, por lo acerado de su dialéctica, por la profundidad teológica, por la magnificencia de su forma latina, de elegancia verdaderamente ci-

ceroniana, puso al punto de relieve la categoría de su inteligencia, y le dieron por unánime votación la prebenda de Magistral.

Después, la manera original, encendida y profunda con que desenvolvió los temas de sus sermones en la primera Cuaresma que predicó en nuestra Santa Iglesia Catedral, conquistáronle para siempre los ánimos de todos los feligreses. La audacia y ortodoxia con que desde la tribuna trató los problemas más interesantes y más arduos de la sociología hacían pensar en los geniales vuelos teológicos del gran apologista francés Ernesto Hello, cuyo pensamiento se concreta en obras de tanto esplendor como *El hombre, El Siglo, Fisonomías de santos y Palabras de Dios*. El verbo fecundo y arrebatado del Magistral de Tenerife descendía sobre el inmenso auditorio como sonoro torrente. Su silueta señera, de rostro cetrino y cenefío, recortábase sobre el blanco mármol del púlpito de nuestra Catedral con toda la fuerza de una figura gótica.

Su oratoria recia, llena de vigor, desbordada de metáforas bellísimas; su nervioso verbo, pregonador de las más altas verdades, arrastró en pos de sí a las multitudes, a los auditorios de los matices más diversos y de las ideologías más opuestas. El estremecimiento de su sistema nervioso contagiaba, y su palabra ardida repercutía con resonancias similares dentro del espíritu de sus oyentes. La palabra—su palabra—obedecía ciega a su pensamiento. Y eran verdaderos raptos aquellas oraciones en que las ideas describían las órbitas del mundo sobrenatural y la geografía del paraíso.

Desde la época de los famosos oradores sagrados don Silverio Alonso del Castillo y don Santiago Beyro y Martín, no se había escuchado en nuestra isla un verbo aquilino semejante al suyo. Su palabra acerada, encendida y cortante, fué la más alta palabra sacra de nuestro tiempo, aquí, en nuestra isla.

No quedó rincón ninguno de nuestra Provincia donde su verbo no fuese escuchado, pues en todos los púlpitos y en todas las tribunas la palabra de don Heraclio fué la nota ardo-

rosa y subyugadora. Su pensamiento, ungido, arrebatador, perdíase siempre en las cumbres más altas del Dogma cristiano, semejando muchas veces uno de aquellos tribunos medievales que martillo de herejes fueron y prez de la Iglesia de Cristo.

Tan fuerte era en él esta su cualidad de orador, que hasta sus mismas explicaciones de Cátedra eran auténticas piezas oratorias, vuelos tribunicios de su pensamiento filosófico, teológico y jurídico.

Su inteligencia poseía la rara virtud de descomponer y sintetizar con la rapidez del rayo, abarcando los problemas desde su altura amplificadora, con una dialéctica contundente. Acaso valía en él más su inteligencia que su cultura. Enseñó a sus alumnos a pensar, a tener personalidad propia, envolviendo a veces con deliberado propósito, los problemas, en la niebla de las dificultades y de las objeciones, para luego deshacer todas las sombras que rodeaban las verdades, surgiendo, al fin, el pensamiento nítido con nitidez de astro.

Su actividad diversa fué y múltiple, pero fué su oratoria la magnificencia de su personalidad y la característica fundamental de su figura cuya ausencia difícilmente podrá ser sustituida.

Ahora, cuando nuestro púlpito está vacío, es cuando sabemos mejor que nunca todo lo que valía don Heraclio Sánchez Rodríguez. Para el sacerdote egregio, para el maestro inolvidable, para el amigo irrecuperado, sea todo el fuego de nuestra gratitud y todo el calor de nuestra palabra.

S. Padrón Acosta.

Como merecido tributo y como fuente de conocimiento para la posteridad, es justo que sus contemporáneos evoquemos, en las páginas de un libro, la extraordinaria figura de don Heraclio Sánchez, el ilustre clérigo canario de imborrable recuerdo. Queden para sus compañeros de ministerio y de cátedra, para sus discípulos y para sus más íntimos amigos, las merecidas alabanzas a su personalidad de orador sagrado, de teólogo, sociólogo y jurista, de sabio maestro y de bondadoso y cordial camarada en las amicales controversias, en los gratos paseos por las viejas y silenciosas calles laguneras, en el esparcimiento habitual de las partidas de tresillo. Yo quiero solamente recoger un aspecto de su recia personalidad, que es el que más fuertemente me impresionaba.

Únicamente en hombres de una gran talla espiritual se da el raro caso de una idéntica vocación por la Ciencia y el Arte. Los científicos muy pocas veces sienten inquietudes artísticas. Ni es fácil recordar poetas, músicos o pintores que se hayan sentido habitualmente inclinados a las graves especulaciones cerebrales. Cuando un hombre se revela como figura descollante en la Teología, la Sociología y el Derecho, y a un tiempo mismo manifiesta su exquisita sensibilidad como intérprete de las mejores páginas musicales, puede decirse que nos hallamos ante una personalidad completa. Esto era lo que yo encontraba más digno de admiración en don Heraclio Sánchez. Y así, como sabio y como artista, yo lo evoco emocionadamente, rindiendo mi humilde homenaje a su gran inteligencia y a su gran corazón.

Juan Pérez Delgado.
(NUJOTA)

**Heraclio Sánchez, sacerdote airoso
que en Águere luciera su prestancia,
con esa suficiencia de elegancia
que nimba al ser humano prestigioso.**

**El, siendo liberal, y un religioso,
supo fundir la vida en consonancia
para labrar su Yo, por arrogancia,
con el gesto de un ser caballeroso.**

**En la cátedra, púlpito y la "peña",
al escolar, devoto y buen oyente,
quiso llevarle invicto, como enseña**

**flameando en su voz, harto elocuente,
ese sentir tan puro del hermano
que alumbra como un sol, por ser cristiano.**

Rafael Peña León.

Tenerife, mayo de 1947.

Era en tu juventud, y era en la mía,
cuando fraternizamos y vivimos
aquellas horas que después perdimos
y que yo añoro tanto todavía.

La misma llama en nuestro pecho ardía
y ella alumbrar nuestro sendero vimos.
Mas no fué el mismo el que los dos seguimos:
tu fe no era la fe que yo sentía.

Tú amabas a tu Dios, por sobre todo.
Yo le amaba también, pero a mi modo.
(¡Oh, mi ferviente culto a la Belleza!).

El tuyo era el camino verdadero.
Comienzo a adivinarlo ahora que muero
de hambre de Dios, de sed y de tristeza...

Pedro Pinto de la Rosa.

Fué D. Heraclio el primer amigo que me acogió al llegar a estas islas. El conocía desde su celda los problemas de todos y siempre tenía a flor de labios un consejo para cada uno.

Nos deleitaba con su conversación; llenaba suficientemente nuestras horas; nos comprendía cuando más aparentaba no comprendernos.

En el paseo, parado de pronto consu bastón de puño de plata, vertía su indignación contra Góngora. Nunca he defendido a Góngora tan pobremente como entonces.

Este orador famoso, este amigo extrovertido, este hombre misógino cuya frente exaltaba dominante sobre el cuerpo un poco ya encorvado, era la paradoja. Para unos fué el hombre de ideas liberales, para otros el sacerdote; era admirado o respetado por aquello o por esto. Para nosotros fué, sencillamente, el hombre con un cerebro privilegiado y dominante y el amigo con un corazón grande que se entregaba a todos como un niño chico.

Pablo Pou.
Catedrático de Literatura

Quando llenamos estas cuartillas se cumple el primer año de su fallecimiento. Dios quiso que viniera a la isla amada donde nació y que en tierra de la Gran Canaria descansaran sus restos. Fué su muerte acontecimiento que sobrecogió al archipiélago juntando a cada isla en el mismo dolor, como también estaban juntas en el mismo amor hacia su persona sabia y bondadosa. Porque don Heraclio era constante y vigilante servicio hacia los hombres de buena voluntad, hacia las almas con necesidad. Lo que de él dependiera—y lo que no dependiera—lo hacía gustosamente en servicio del que hasta él llegaba. Y decimos que aunque no dependiera de él, porque él sabía arreglárselas, como nadie, para lograr de los demás el servicio. El servicio es caridad, es amor, y éste, por difusivo, no reconoce fronteras. De aquí que don Heraclio llegara a todos y todos llegarán a don Heraclio. De aquí que su desaparición fuera algo así como una orfandad en las islas: las gentes nos sentimos desvalidos, sin fuerzas para tantas cosas cuya responsabilidad echaba sobre sus hombros voluntariamente, bondadosamente, don Heraclio.

Y así con todas las cosas. Gran poeta de la naturaleza, sabía dar con todos los registros de la omnisciente lira de la creación. Su oratoria era un órgano supremo que instrumentaba los sentimientos y las emociones más diversas con las más jugosas y brillantes ideas que el doble dogma de la Religión y la Patria le sugiriera. El verso subía del alma a los labios en la recitación o en la copla popular que bordoneaba la guitarra. ¡Oh, la guitarra de don Heraclio! Era el inolvidable sacerdote unas veces Orfeo y otras David, según rasguearan sus dedos magos en estos menesteres musicales, pues la guitarra de don Heraclio estaba entre la lira y la cítara, que es lo mismo que decir entre el salmo y el cantar. Todo poesía en la más definitiva de las interpretaciones. Don Heraclio era un sacerdote juglaresco que hasta de la ciencia hacía jugarla. Así se explicaba su amoroso imán, su dominio sobre las voluntades, su amis-

tad entrañable para todos, su naturalidad y sencillez. Le saltaba el pecho de cantares como a S. Francisco y sus manos le temblaban de santas vibraciones, como llamaradas por las que se escapaba la ciencia teológica o jurídica, el consejo máximo o la orientación certera. Cuando don Heraclio hablaba, su voz era la del oráculo. El sentido común sin desperdicio lo abrillantaba con la fogosidad de su pensamiento bien formado y la doctrina pura de los Evangelios. Conocía el *aquí* y el *ahora* de todas las situaciones sociales y las veleidades del corazón humano que tantas veces arrastra a la inteligencia por derroteros falsos. En ese momento, si surgía don Heraclio en medio, se hacía la luz, se serenaban las aguas de las pasiones, se seguía el *mandato* amoroso y verdadero que él lograba imponer, rubricándolo todo con una sonrisa interior que no podía hurtar al exterior.

Y sabía regalar el consejo dulce a la monja, como la grave advertencia al discípulo, la fraterna corrección al compañero o el juicioso dictamen al hombre intelectual o de responsabilidades. Y una misma medida para todos. Y un mismo sentimiento. Era el juglar que llevaba un angel con guitarra asido del alma como un símbolo. Era su lema el del salmo con que empieza la Misa: *Et introibo ad altare Dei ad Deum qui laetificat juventutem meam*. Tenía la juventud del que obra pensando en la eternidad.

Ignacio Quintana Marrero.

Las Palmas de Gran Canaria, 22 de Junio de 1947.

La iniciativa de González de Aledo, siempre influido por nobles inquietudes, de tributar un homenaje a la memoria del ilustre isleño y llorado sacerdote don Heraclio Sánchez, revela una vez más su gran sensibilidad de espíritu. El que en vida fué su mejor amigo, el más dilecto, lo vuelve a ser, en la irreparable ausencia, con doble y entrañable afecto. Una amistad así, que se renueva y acrecienta a través y más allá de la tumba, demuestra en quien la profesa que sabe sentir y practicar la máxima ciceroniana de que la vida de los muertos está en la memoria de los que les sobreviven.

¡Don Heraclio Sánchez! No me ligó a él una íntima amistad, pero sí una admiración sincera y constante, de la que varias veces le di pruebas como periodista. Sabía que era refractario a lisonjas; que rehuía exhibiciones y vanidades, y que no le interesaba ni apasionaba la vida pública. En cambio su vida interior la cultivaba con asiduo esmero, como hortelano celoso de su jardín. Tal característica daba a su personalidad un sello de independencia y elegancia espiritual. Talento, juventud, popularidad, todo le era propicio, todo le sonreía, y, sin embargo, me pareció siempre un hombre triste y melancólico, con ganas de huir de todo ruido para refugiarse en el silencio de su alcoba, a solas con sus libros, sus achaques... y su guitarra, la que aliviaba y consolaba sus penas. Este era para mí, sin conocerle, don Heraclio Sánchez: un triste, un apesadumbrado no sé de qué decepciones íntimas o de qué desengaños amargos y prematuros.

Figura preclara por su entendimiento y su prestigio, sin tilde alguno, podía alzar su frente a la luz del día y optaba

por sumirse en la obscuridad y el retiro. ¿Qué drama era el suyo, que tanto parecía agobiarle? ¿Error de vocación? El lo negaba en absoluto. En unas notas autobiográficas publicadas en «La Prensa», decía a tal propósito: «Ya sacerdote tuve ocasión de conocer más de cerca el mundo y los hombres. He cotejado miles de veces las doctrinas de Cristo con las de sus enemigos; he palpado muchas miserias y... ¡hoy volvería a ordenarme con más decisión y entusiasmo que entonces!»

¿Por qué, pues, aquella desgana, aquella melancolía suya? Este misterio flotó siempre sobre su vida. En cambio, no había recoveco alguno en su pensamiento ideológico. Todo en él era diafanidad y sinceridad. Le entusiasmaba la Sociología, que consideraba «la ciencia más interesante y más excelsa»; y creía que el principio «del arte por el arte», o sea la manifestación de lo bello, independiente de toda moral, «era un extravío en los seres que, como el hombre, han de tener el bien como suprema norma de sus acciones». ¡Doctrina admirable, que tan poco suele practicarse entre los muchos que presumen de mentores y aleccionadores de los demás!

Espíritu selecto y cultivado en toda clase de disciplinas, en las ciencias como en las artes, la Música era su afición favorita, hasta el punto de admirar más a los grandes compositores que a los grandes poetas, porque veía en la inspiración poética «mucho de armadura intelectual». Pero, sobre todo, le sojuzgaba la Oratoria, que era como una segunda naturaleza suya, como una prolongación de su alma y su temperamento; la Oratoria llevada a la máxima tensión de sus nervios. Necesitaba, decía, llegar a una determinada «presión» para que el vocablo no se le mostrara rebelde. De ahí que se confiara casi siempre a la inspiración del momento «para que el discurso fuese más espontáneo y llevase el sello de su propio carácter; no un mecanismo de gramófono, sino algo vivo y original».

Este fué, según él mismo se definía y analizaba, aquel gran tribuno, filósofo, poeta y artista a quien hoy se trata de

rendir homenaje; justo tributo, más que nada, a su proverbial elocuencia, tan popular entre nosotros como lo había sido anteriormente la de aquellos otros insignes predicadores—Alonso del Castillo, López Martín, Beyro, etc.—que tanto enervorizaban a las multitudes. ¡Ilustres misioneros de la tierra, cuántas almas atraieron a los rebaños de Cristo; cuántos incrédulos convirtieron a la fe con el ejemplo de sus virtudes y sus métodos de tolerancia! Pescadores expertos, en todas las latitudes llenaban sus redes.

Con la desaparición de don Heraclio Sánchez, la juventud intelectual canaria sufrió uno de sus mayores reveses. Harto diezmadas ya sus filas con la pérdida de Tomás Morales, Rafael Romero, Joaquín Estrada, Ildefonso Maffiotte, Juan Botas, Juan Pozuelo, y tantos otros, la implacable guadaña había segado en flor lo más descollado de aquella generación, las espigas más granadas del exuberante trigal. Ahora caía también el fogoso orador, ídolo de los creyentes isleños.

Pero el Destino quiso ser más piadoso con él, proporcionándole una muerte «suave y rápida», «de noche y sin ruido», como quería el poeta. En el silencio de una modesta alcoba de hotel, a solas con sus libros de Sociología, con sus achaques físicos, y, acaso también, con aquella guitarra de sus andanzas juveniles a la que tantas veces confió el secreto de sus pesares hondos... ¡A ella sola!

Leoncio Rodríguez.

Siento en mi verso el pulso de tu huída
tan rítmico y seguro, tan sonoro,
que en el silencio mío sólo añoro
proyectarme en el río de tu vida.

Grita en mi alma nueva tu partida
—ave que emigra y tiende su tesoro—
pura voz o sentencia como oro,
como el verbo, también, siempre encendida.

Qué desnudas etapas en tu viaje
penetrando en la entraña del paisaje
para sembrar mirífica semilla.

Cómo busca la sangre tu presencia,
transformando la idea de la ausencia
en nueva concepción que maravilla.

Leocadio R. Machado.

Tenerife, Junio 1947.

Fué un momento aciago aquel en que una cruel enfermedad quebró la existencia del inolvidable Magistral de la Santa Iglesia Catedral de Tenerife Don Heraclio Sánchez. Un año ha transcurrido, desde el instante en que durmió para siempre.

En este doloroso aniversario, no debía faltar mi ofrenda más emotiva, porque desde su llegada a Tenerife, procedente de la Isla hermana, hasta su muerte, estuve unido a él por hondos lazos de afecto, compañerismo y amistad.

Vacante la Canonjía de Magistral en la Catedral de La Laguna, tuve el honor de opositar a ella, junto con Don Heraclio Sánchez y otros dignos sacerdotes. Pero, ¿quién era capaz de disputársela? Después de unos brillantísimos ejercicios, que causaron la admiración de todos los oyentes, obtuvo dicha prebenda, de la que se posesionó en el mes de Junio del año mil novecientos diez y siete.

Su privilegiada inteligencia, su vasta cultura, su dominio de la palabra y la lógica que iluminaba sus deducciones, brillaron tan esplendorosamente en la sagrada cátedra, que hizo que Don Heraclio fuese el más elocuente y fecundo de nuestros oradores sagrados y profanos. Dominaba la palabra, matizándola con inflexiones hasta entonces desconocidas. Y esa palabra respondía exactamente a su inteligencia, que penetraba hasta lo más hondo en los eternos problemas de la filosofía. Gran humanista, dotado de un sentido artístico exquisito, fino y elegante, sabía gustar la belleza, que generosamente nos transmitía a través del fuego de su oratoria.

El Cabildo Catedral de La Laguna ha perdido uno de sus miembros más valiosos, que muchísimas veces nos ilustró con sus profundos conocimientos teológicos y de derecho.

Era muy modesto, y acaso esta bella virtud, que cultivaba sin afectación, no le permitió ascender en su carrera eclesiástica, como merecía justamente por sus indiscutibles y reconocidos méritos. Murió siendo Magistral, y nadie le envidió.

Fué sacerdote ejemplar. Así su morir tranquilo denunció su vivir perfecto. Descanse en paz el hombre bueno, el amigo y el compañero.

Eutimio R. de Vera.

Canónigo.

Todos los que tuvimos la suerte de ser amigos cordiales de Heraclio Sánchez sabemos bien que mientras aquel espíritu pletórico fué sostenido por un cuerpo con salud tolerable sus actividades fueron múltiples y que la Universidad no fué más que una de ellas. Luego, cuando lo evocamos en sus últimos tiempos, cortando muchos caminos por falta de un cuerpo que ya sólo por inercia se mantenía en pie, la influencia moral que sobre sus compañeros de claustro siempre ejerció vino a ser acaso lo más importante que la vida le dejaba. Esa influencia no fué jamás de mando, de imposición. Era algo más sutil, algo más irresistible. Se dice de Pericles, en los manuales de historia clásica, que el primer ciudadano de Atenas no ocupaba ninguna de las magistraturas superiores de la república; pero su influencia, su decisión, no era la que, de hecho, se imponía menos a sus conciudadanos. Heraclio no fué Rector de nuestra Universidad, no fué siquiera catedrático ordinario. Pero cuando en aquella casa había que hacer algo más que dar curso a expedientes de trámite, cuando una resolución suponía una trascendencia de valor moral o de valor público, Heraclio era consultado; a veces simplemente con la mirada y una frase suelta suya, un suave consejo; bastaba para hallar el camino. ¡Cuántas veces nos ha hecho ya falta desde que le perdimos! De mí sé decir que en una ocasión tenía redactado un documento en el que había trabajado largamente. Antes de darle curso se lo dí a leer a nuestro amigo. Un suave: "Rompa usted esto" (mi afectuoso respeto para D. Heraclio nunca fué mancillado por la intimidad) bastó para que, sin intento de réplica, mi labor acabase en el cesto.

Y es que él sabía ver las cosas sin turbarse por la pasión del momento, sin el resquemor o la fricción del amor propio herido. Sabía ver las cosas, a través de un matiz de fina ironía, *sub specie æternitatis*.

Elías Serra.

Rector accidental de la Universidad.

Nunca olvidaré a Don Heraclio. El recuerdo de este Sacerdote, amigo y compañero durará lo que toda mi vida. Sus excepcionales dotes intelectuales y las insólitas virtudes que encarnaba son la causa de ello. Y esta huella imborrable hoy adquiere en mi alma caracteres aun más acusados al cumplirse el primer aniversario de la muerte de figura tan inmarcesible.

Admiré a Don Heraclio tanto por su cerebro prodigioso, cultivado en múltiples ciencias, como por su magnánimo corazón, tan presto a derrochar amor y sacrificio; y no solamente por su sencillez y modestia, más propia de santo que de hombre, sino también por el profundo sentido humano que inspiraba todos sus actos.

Fué para cuantos le conocimos el maestro indiscutido que se imponía por su saber, bondad y claro juicio; el árbitro que se acataba sin reserva por su acierto y prudencia; el compañero que se excedía en el cumplimiento de los deberes académicos, y el primero en remediar a la Universidad en sus desvelos y preocupaciones; el amigo que prefería la muerte antes que traicionar la lealtad, y consejero insustituible que aleccionaba con el ejemplo para que cada alma siguiera la senda de la salvación y se apartara de los pecados que la condenan.

Los grandes amores de D. Heraclio fueron el ministerio sacerdotal y la tierra canaria. Su innata inclinación a practicar el bien no reconocía valladar alguno y allí dónde se le requería acudía presuroso para remediar al menesteroso, levantar al caído, o secar las lágrimas del angustiado. El así entendió e hizo patente el "amaos los unos a los otros". Bullía en su espíritu cierta fibra de artista y poeta y la fina y tajante ironía en que envolvía sus palabras de respuesta a la necesidad o pedantería no estaba exenta de un peculiar gracejo, que le hacía altamente simpático y atrayente.

En el púlpito desarrolló una larga y fecunda labor apostólica, que no tiene igual; en el hogar del pobre y en la casa del

pudiviente alzaba su voz para predicar la doctrina de Cristo y ayudaba a quien habitaba en aquél con auxilios materiales, y acuciaba a quien se alojaba en ésta para que remediase la situación del necesitado; en la Universidad enseñó las más variadas disciplinas jurídicas a múltiples generaciones de estudiantes isleños, con el rigor del sabio y el cariño del maestro, y en aquel "cuarto internacional" del Aguere no pocos se retractaron de sus errores, y muchos allí aprendimos doctrinas y principios que contribuyeron a reforzar nuestras creencias religiosas y a conducirnos con nuevas guías por los campos del Derecho, de la Filosofía, de la Teología y de la Moral. El saber de D. Heraclio fué tan vasto y profundo que incluso traspasó las fronteras nacionales, y en memorable ocasión sus ideas y pensamientos sobre el orden social merecieron la unánime aprobación y el fervoroso aplauso de representaciones católicas reunidas en Congreso mundial.

Por todas y cada una de las excelsas cualidades que aparecían en D. Heraclio su nombre fué respetado por todos, gozó de la admiración de muchos y tuvo la devoción de cuantos le tratábamos. Y por esto también su figura adquirió los caracteres de recia institución que vinculada a Canarias ha de perdurar a través de los siglos y resonar por el ámbito de España entera como claro ejemplo de fe, inteligencia y voluntad al servicio de las verdades de la Religión, de los nobles sentimientos del alma y de las grandezas del saber humano.

Antonio Serra Piñar.

Catedrático de Derecho Administrativo.

Todos los que vivimos en Canarias vemos en Don Heraclio la síntesis de un cúmulo de conocimientos científicos que abarca a un extenso número de materias y a la vez reales y positivos conocimientos humanos. Unos y otros se traslucen en una cantidad innumerable de sermones, conferencias y discursos interesantísimos que llenan por completo las iglesias, sociedades y teatros en que los pronunciaba, de una muchedumbre heterogénea que acudía a escuchar su sabia y a la vez sencilla palabra. Palabra que llegaba por igual a todos los corazones y a todas las inteligencias, a pesar de la profundidad de sus conceptos y la galanura y belleza de su estilo.

Oratoria pronta, inflamada, que hacía que el verbo brotara de sus labios como si fuera un torrente para recriminar, lo mismo a quienes descarriados por ignorancia se apartaban del camino del bien, que a quienes ciegos por avaricia o lujuria no cumplían los mandatos de Cristo, o que esta misma palabra fluyera de los mismos labios mansa, suave, como las aguas de un arroyuelo cuando hablaba tiernamente de la Madre del cielo o de las madres de la tierra para cubrir las completamente, de flores y pintarnos las bellezas policromadas de los más bellos jardines.

Este es D. Heraclio, el Magistral de Tenerife o el Profesor de la Universidad.

Pero hay el D. Heraclio caballero sin facha, sin dobleces, el hombre de carácter íntegro, el amigo cordial que se entrega por entero a una buena amistad, el compañero de viajes, casi semanales, en que, él a predicar y nosotros a cantar, recorríamos, en el mismo coche, casi todos los pueblos de la isla. Inolvidables viajes, inolvidables estancias, amenizadas por su docta y amena conversación.

El hombre de ciencia, el Magistral, el profesor y el caballero que es artista de la palabra es también artista de la Música. Artista de temperamento apasionado, tanto cuando con suma maestría ejecutaba al órgano composiciones selectísimas, como cuando arrancaba a las cuerdas de su guitarra acordes sonoros y melodías cadenciosas llenas de sentimiento.

Por eso a ese hombre de ciencia, enfrascado en el estudio y en la cátedra, no le faltó tiempo para dirigir el *Orfeón La Paz* de esta Ciudad, con un acierto y tesón admirables que obligaron a que sus socios, en prueba de reconocimiento y gratitud, le nombraran por absoluta unanimidad su Presidente de Honor.

Por eso, en esta publicación, no podía faltar un hueco en sus páginas para que el presidente del *Orfeón La Paz* de La Laguna en unas cortas líneas hiciera constar la adhesión unánime de todos los socios de esta entidad al merecidísimo homenaje que acertadamente se le tributa, haciendo constar que no se trata, en este caso, de una mera fórmula para cubrir las apariencias, sino de un acendrado sentimiento de devoción y afecto que, con toda sinceridad, se guarda en esta casa al ilustre Magistral y Presidente Honorario del *Orfeón La Paz* D. Heraclio Sánchez Rodríguez.

Enrique Simó.
Presidente.

Ved en Heraclio Sánchez al orador nativo,
el de la palabra fácil, brillante, caudalosa.
Era un hombre vehemente y a la vez reflexivo;
frenaba los impulsos voluntad poderosa...

Con su figura ascética de porte un poco altivo
inspiraba a los jóvenes amistad respetuosa.
Fué de las Bellas Artes amante comprensivo,
mas consagró a la Música su pasión fervorosa.

Aunque joven, aquel cuerpo estaba ya extenuado,
y al espíritu fuerte mantuvo aprisionado
hasta que, de improviso le dejó en libertad.

Y se fué... ¡pero queda tu huella permanente,
artista-sacerdote, que marchaste a la fuente
de la eterna Belleza, de la eterna Verdad!

Manuel Verdugo.

La Laguna, 23-II-46.

Yo soy la Resurrección y la Vida:
quien cree en Mí, aunque hubiere
muerto, vivirá.

Ioh. 11,25.

Fué un día del mes de Octubre del año 1929 cuando conocí al Magistral en el Hotel Aguere de La Laguna, a su regreso de una excursión con otros compañeros universitarios. En mí se grabaron entonces su mirada inteligente, su espontánea sonrisa y la cordialidad de su gesto y de su conversación amensísima, colmada de entusiasmo, de doctas notas y de una amplia y profunda comprensión para las distintas ideas de los demás.

Nuestra estrecha amistad surgió pronto y para siempre; mas hoy fluctúa mi pensamiento entre dos fotografías tuyas. La primera, con su cariñosa dedicatoria "Al simpático y buen chiquillo asturiano *alteri ego*", expresiva de lo que era su otro yo: un muchacho lleno de vida, de espíritu sano, de jovialidad comunicativa, alegre, decididor, que sabía aunar las continuas lecturas, cuyo zumo extraía y alumbraba su clara inteligencia, con las expansiones románticas de su alma gustadora de la poesía y de la música.

¡Cómo le recuerdo, en los ratos de melancolía, pulsando suavemente la guitarra, mientras yo le decía mis versos de adolescentel Y también ¡cómo brotaba el fuego de su ingenio y daba calor a variadas polémicas en torno a los múltiples asuntos que se debatían en el "Cuarto internacional" del Aguere, como los universitarios llamábamos a la habitación que en dicho Hotel tenía, con el carácter de celda monástica, en las horas de su recogimiento o de cátedra íntima, donde con frecuencia expandía insensiblemente su alto magisterio la luz de la verdad que la Iglesia universal enseña y que luego en el

Aula y desde el Púlpito hacía desbordar con su brillante y fogosa oratoria que a todos admiraba y conmovía!

Nada más a propósito que recordar, quien le conociera, cómo en él se advertía, por tanto, no ya sólo la razón intelectual de que hablara Dante, oponiéndola al sentimiento, sino también la razón del corazón, en frase de Pascal, que—como dice el filósofo Ortega—“no por ser cordial es menos razonable que la otra”.

La segunda fotografía del buen amigo o del dilecto hermano, con que me ha obsequiado la atención del profesor Don Manuel González de Aledo—quien estimaba a Don Heracleo como a un padre e interesó de mí esta cuartilla en su memoria—, es la del hombre que ya ha pasado por la vida conociendo al corazón humano y dejando su estela luminosa al par que sus ojos casi apagados sin luz, aunque percibiendo en ellos la última chispa de la sombra del hombre en la tierra—como creían los romanos cuando hablaban del alma—, ya que su hálito al irse a los espacios celestes nos ha dejado antes la firme convicción y la bella ilusión y esperanza de que la muerte no es “la Nada”, como decía Séneca, sino la puerta de acceso a la Vida infinita que permite, al abrirse, que el reflejo de su espíritu esté con nosotros, si bien mostrándonos en la lejanía, al mismo tiempo, el dulce y sereno descanso que halló para siempre en la paz de Dios.

E. A.-Villaverde Morís.

Decano de la Facultad de Derecho.

FE DE ERRATAS

Premuras de tiempo y la urgencia inexorable de la fecha han impedido que este folleto salga al público con las correcciones necesarias. Algunos trabajos, como el del Dr. J. Espino Juárez, se han impreso sin que hayamos podido corregir ni una prueba siquiera; otros han llegado tarde a nuestras manos, que han caído a las prensas directamente. No obstante, aparte las numerosísimas erratas de puntuación y algunas fácilmente subsanables por la buena voluntad y comprensión de los lectores, queremos destacar las más importantes apercibidas.

Pág.	Lín.	Dice	Debe decir
7	19	han	hemos
11	3	adviene	viene
16	14	depositada	depositado
17	26	has	haz
19	17	Reindicaba	Reivindicaba
21	23	nacionalidades	nacionalidades diversas
29	20	Padrón (Cardes)	Falcón (Jordé)
43	15	están en nuestros	están nuestros

GLORIA A SU NOMBRE

*Himno en honor de Don Heraclio Sánchez
compuesto por el orfeonista lagunero JOSÉ
G. GUTIÉRREZ.*

SALMO

*¡Gloria, gloria a su nombre!
Hizo de su verbo piedra de luz,
abrió heridas de amor
y caridad
con pedazos del cielo
en donde mora.
¡Gloria, gloria a su nombre!*

*Descanse en la morada
del Dios eterno.*

*En el espacio de nuestras almas
será su recuerdo
un sol de inmensa magnitud
que llenará de luz
nuestro sendero.*

¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria!

